



SEMANA SANTA 2023

SERMONES



JESÚS VENCIO



FICHA TÉCNICA

Publicado por la Iglesia Adventista del Séptimo Día en Canadá

Bajo licencia de la

División Sudamericana de la Iglesia Adventista del Séptimo Día.

Derechos internacionales reservados.

Coordinación General

Herbert Boger y Evaldo Vicente.

Autor

Diogo Cavalcanti

Tapa

Gustavo Leighton

Diagramación

Gustavo Leighton

Traducción

Departamento de traducción - DSA

Revisión

Departamento de traducción - DSA

Año 2022



¡JESÚS VENCIO!

La victoria en Jesús está a nuestra disposición desde mucho antes de la cruz, antes de la fundación del mundo, es nuestra cada día.

Desde que entró el pecado en el mundo, el conflicto entre el bien y el mal es real; necesitamos darnos cuenta de esto cada instante, porque los hijos de Dios son el blanco directo del enemigo. Pero, ante todo, ya existía un plan victorioso que se cumpliría en Jesús. “Y la adoraron todos los moradores de la tierra cuyos nombres no estaba escritos en el libro de la vida del Cordero que fue inmolado desde el principio del mundo” (Apocalipsis 13:8).

Jesús venció para ser el restaurador de la vida que ideó para sus hijos.

Jesús venció y nos perdona de todos nuestros errores.

Jesús venció y nos da paz.

Jesús venció y puede librarnos de toda forma de mal.

Jesús venció y nos salva del poder del pecado.

Jesús venció y nos da una nueva oportunidad de vida.

Jesús venció y nos hace mansos y perdonadores.

Jesús venció y quita de nosotros juicios, críticas y condenaciones.

Jesús venció y nos hace ver lo mejor de cada persona.

Jesús venció y nos enseña a amar a las personas como a nosotros mismos.

Jesús venció y purifica nuestro corazón.

Jesús venció y nos da condiciones para soportar las injusticias.

Jesús venció y arranca de nosotros el egoísmo.

Jesús venció y nos da fuerza para ser fieles y obedientes a su Palabra.

Jesús venció y nos da seguridad y confianza.

Jesús venció y un día nos libraré de la presencia del pecado.

Jesús venció y nos asegura un mundo mejor.

Usted puede continuar esta lista. Jesús venció y...

“Estas cosas os he hablado para que en mí tengáis paz. En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, ya he vencido al mundo” (Juan 16:33).

La autora norteamericana Elena de White escribió: “La religión debe convertirse en la gran tarea de la vida. Todas las demás cosas deberían subordinarse a esta. Todas nuestras facultades mentales, físicas y espirituales deben ser empleadas en la lucha cristiana. Debemos mirar a Cristo para recibir fuerza y gracia, y ganaremos la victoria tan ciertamente como que Jesús murió por nosotros [...]. ¿Podemos escoger la amistad del mundo antes que los honores inmortales que Cristo brinda: ‘Qué se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido y me he sentado con mi Padre en su trono?’ Apocalipsis 3:21” (*Mensajes para los jóvenes*, p. 80).

Durante esta Semana Santa, y cada día, viva y comparta esa maravillosa victoria en Jesús con los mensajes preparados, con mucha oración y dedicación, por el Dr. Diogo Cavalcante, editor de la Casa Publicadora Brasileña. Participe y movilice su iglesia para que invite al máximo número de amigos posible.

Iglesia Adventista del Séptimo Día en Canada

1^{er} día | Sábado



SOMBRAS EN EL CIELO

Introducción

• Qué está mal en el mundo? ¿Por qué las personas son capaces de hacer cosas tan terribles? Si existe tanta tierra para plantar, tecnología y personas para trabajar, ¿por qué hay tanta hambre y pobreza? ¿Por qué las naciones entran en guerra y cometen atrocidades? ¿Por qué existe tanta confusión política y religiosa? ¿Por qué sufren las personas inocentes? ¿Por qué surgen tantas enfermedades? ¿Por qué morimos si nos fue dado el privilegio de la vida? Son muchas preguntas, pero necesitamos responder a una cuestión que tal vez sea aún más compleja: ¿cómo explicar el mal si existe un Dios todopoderoso?

El siguiente razonamiento se le atribuye a Epicuro, un filósofo de la antigüedad: “Dios desea impedir el mal, ¿pero no es capaz? Entonces, él no es omnipotente. Él es capaz, ¿pero no desea evitar el mal? Entonces, él es malo. ¿Él es capaz y desea combatir el mal? Entonces, ¿de dónde viene el mal?”.

Eso puede explicarse de una forma más simple. Imagine que tiene un amigo de la infancia que ahora es muy rico, con más de mil millones de dólares en la cuenta bancaria, y usted está pasando hambre. Imagine que él va a su casa, ve su situación, dice que es su amigo y no le da ni un kilo de arroz. ¿Qué diría? Que está mintiendo o que usted no le gusta, ¿verdad?

Es eso lo que somos tentados a pensar cuando las luchas y tragedias golpean a nuestra puerta. Un padre puede preguntar: “¿Por qué Dios permite que mi hija de cuatro años tenga leucemia?”. Una mujer puede cuestionar de la misma forma: “¿Por qué tengo que vivir en una cama y con dolor si ayudé a tantas personas?”. Un empresario puede lamentarse: “¿Por qué sufro jaquecas horribles todos los días?”. Un niño puede preguntar: “¿Por qué nadie impidió que mi perro fuera atropellado?”.

La ola mortal de la COVID-19 barrió el mundo y destruyó familias enteras, incluyendo a muchos que intentaban cuidarse, pero terminaron infectados. Una profesional de la salud de una gran ciudad sudamericana perdió 13 parientes cercanos, entre ellos su esposo, padre, madre, hijo y otros. Para las personas así, el problema del mal no es solo una cuestión filosófica, sino un golpe casi insoportable.

Si esas preguntas tienen una respuesta, ¿dónde encontrarlas? ¿Quién sería lo bastante confiable o tendría la autoridad para presentar una solución? En una era en que cada uno tiene su verdad, ¿será que existirá una verdad absoluta sobre el tema del mal? El educador George Knight afirma, en su libro *Philosophy and Education* [Filosofía y educación], página 11, que existen solo cuatro fuentes humanas de conocimiento: (1) los sentidos; (2) la autoridad; (3) la razón; y (4) la intuición.

Nuestros sentidos (la visión, el tacto, el olfato, el gusto y la audición) no nos dieron una respuesta satisfactoria sobre el mal hasta hoy. La razón, con sus filosofías, solo ofrece posibilidades. La autoridad puede intentar imponer una respuesta, pero posiblemente estará relacionada a algún interés. Y la intuición, lo que sentimos, puede no ser una guía confiable. Entonces, ¿qué nos queda si todas las fuentes no son suficientes? ¿Cómo podemos entender este problema y vivir mejor en este mundo?

Felizmente, hay una fuente más de conocimiento: ¡la revelación! La revelación es un conocimiento que está más allá de lo que el ser

humano puede percibir, razonar, querer o sentir. Es una fuente de información espiritual, concedida espiritualmente a las personas que dejaron escritos sagrados por eras. Esos escritos contienen profecías que se cumplieron a lo largo de la historia. Trajeron verdades que renuevan la esperanza y transforman vidas. Son las Sagradas Escrituras, la Biblia, cuyo mayor autor es Dios.

Dios inspiró a 40 escritores a lo largo de más o menos 1.600 años para mostrarnos la verdad. “Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia” (2 Timoteo 3:16). Ellos escribieron con sus palabras, pero el contenido, lo que tenían que decir, vino de Dios. “Entendiendo primero esto, que ninguna profecía de la Escritura es de interpretación privada, porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo” (2 Pedro 1:20, 21). Fue el Espíritu Santo quien les dio el mensaje que ellos escribieron, cada uno a su manera.

En esta semana, vamos a hacer un viaje increíble por esa revelación para descubrir lo que la Biblia enseña sobre el origen del mal. Varias profecías bíblicas tratan de un “conflicto grande” (Daniel 10:1), o sea, hablan de una batalla entre el bien y el mal que involucra el cielo y la tierra. En verdad, directa o indirectamente, toda la Biblia trata del gran conflicto entre el bien y el mal. Los dos primeros capítulos de la Biblia, Génesis 1 y 2, hablan del mundo perfecto que existía antes de la entrada del pecado. Los dos últimos capítulos, Apocalipsis 21 y 22, hablan de un mundo perfecto que existirá después de la erradicación del pecado. De Génesis 3 a Apocalipsis 20, vemos a un Dios preocupado e involucrado en nuestros problemas. Es un Dios que fue hasta las últimas consecuencias, que se hizo humano y se sujetó a la realidad del dolor y de la muerte para salvarnos. Es en ese momento cuando la historia cambia de figura. Es el millonario que se hace pobre para ayudar a su querido amigo. ¿Puede imaginarlo?

Si usted quiere entender más de este y de otros temas, entonces, lo invitamos a ser parte en esta semana única. No se pierda ningún día, ningún minuto. ¡Traiga a sus amigos y su familia! Dé lo mejor de sí para descubrir lo que este conocimiento revelado y sagrado tiene para decir. No está obligado a aceptar, pero está invitado a reflexionar y darse una chance de descubrir una nueva perspectiva que puede cambiar su manera de ver el mundo, traer paz a su corazón y una dirección segura para su vida.

Hoy, vamos a entender un poco más sobre cómo el mal y este gran conflicto comenzaron. A lo largo de la semana, vamos a ver algunos episodios o batallas del gran conflicto en historias y enseñanzas fantásticas, entonces, haga planes de estar aquí y escuchar lo que Dios tiene para decirle.

Ahora, veamos nuestra primera gran lección de esta noche.

I. Dios creó el bien, pero algunos de sus hijos eligieron el mal.

La Biblia enseña que las obras de Dios son buenas y perfectas. Según la Palabra de Dios, no existe una idea de mal necesario, pues “Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en él” (1 Juan 1:5). Por el contrario: en la creación, hay variedad y sabiduría (Salmo 104:24). “Los cielos cuentan la gloria de Dios” (Salmo 19:1). Todo vino a la existencia por medio de sus palabras: “Porque él dijo, y fue hecho; él mandó, y existió” (Salmo 33:9). “Él es la Roca, cuya obra es perfecta, porque todos sus caminos son rectitud; Dios de verdad, y sin ninguna iniquidad en él; es justo y recto” (Deuteronomio 32:4). Todo lo que él creó era bueno, y el conjunto total era “bueno en gran manera” (Génesis 1:25, 31). Por sobre todo, Dios es amor (1 Juan 4:8). Lógicamente, no hay ni hubo ningún propósito divino en provocar la existencia del mal, pues de Dios solo emana el bien. Él es la fuente del bien.

Sin embargo, la libertad es una de las cosas más importantes para Dios. Él hizo a todos los seres del universo libres. Por tener

libre albedrío, o sea, el derecho de elegir por nosotros mismos, somos capaces de elegir entre el bien y el mal. Muchas veces en la vida somos confrontados con situaciones del tipo: decir la verdad o mentir, ser honestos y fieles o no, comer lo que hace mal o lo que hace bien.

En la misma corte celestial surgió una nota discordante: el pecado en forma de orgullo. Lucifer, el ser más cercano a la gloria de Dios, anheló esa gloria para sí mismo. Él quiso ser como Dios y dominar como Dios. El libro de Ezequiel presenta su identidad, y el libro de Isaías revela su proyecto de poder. Él era un “querubín grande, protector”, estaba “en el santo monte de Dios”, era “perfecto [...] en todos sus caminos” hasta que, inexplicablemente, “se halló en él maldad” (Ezequiel 28:14, 15).

“Subiré al cielo”, planeaba Lucifer, “en lo alto, junto a las estrellas de Dios, levantaré mi trono, y en el monte del testimonio me sentaré, a los lados del norte; sobre las alturas de las nubes subiré, y seré semejante al Altísimo” (Isaías 14:12-14). Fue ese ser angelical quien trajo la terrible novedad del pecado al universo. Con mucho carisma e influencia casi irresistible, su acción de engaño generó dudas en los otros ángeles que se unieron a él. Según el Apocalipsis, “Hubo una gran batalla en el cielo: Miguel y sus ángeles luchaban contra el dragón”; Lucifer es el “gran dragón, la serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás, el cual engaña al mundo entero; fue arrojado a la tierra, y sus ángeles fueron arrojados con él” (Apocalipsis 12:7, 9).

La rebelión de Lucifer involucró a un tercio de los ángeles del cielo, según Apocalipsis 12:4, y después abarcó la Tierra, lo que veremos mañana. El punto es que el mal se esparció y generó un enorme problema en el universo. No fue creado por Dios, pero fue una parte de los ángeles que eligió el mal y se rebeló. Después fue la humanidad que también eligió experimentar el mal, y entonces surgieron todas las consecuencias terribles que sentimos hoy. Pero Dios siguió luchando. El gran conflicto aún continúa a

nuestro alrededor. Dios y Satanás, ángeles del bien y del mal. Sin embargo, ¿qué podemos hacer para ser salvos en este escenario de guerra cósmica?

II. Lucifer trajo el mal, pero Jesús intervino para restaurar el bien

Si Lucifer quiso subir al trono, Jesús descendió de él. Si el orgullo de Lucifer miraba la divinidad, Jesús eligió rebajarse y asumir nuestra humanidad. En Filipenses encontramos un proyecto totalmente contrario al de Lucifer. Jesús se hizo carne. Fue hecho un poco menor que los ángeles. “Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (Filipenses 2:5-8).

Vea que Jesús descendió una escalera: de Dios a hombre, de hombre a siervo (o mejor, “esclavo”, según el texto griego), de siervo a condenado a muerte, la peor y más vergonzosa de ellas, la muerte de cruz. Siendo Dios, Jesús se hizo carne, se hizo uno de nosotros, haciéndose Dios con nosotros (Juan 1:1-3; 14). Como en la historia de Espartaco, él se hizo esclavo para liberar a los esclavos.

Si Lucifer tenía un proyecto de poder, Jesús tenía un proyecto de servicio. Él no vino solo para tener una experiencia humana y volverse semejante a nosotros. En el plan de Dios, su encarnación debería llevarlo a la cruz, donde él daría su vida por nosotros. Para vencer, él tendría que “perder” a los ojos del mundo. Jesús tendría que morir para que otros vivieran.

Él era el “Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo”, el “Cordero que fue inmolado desde el principio del mundo” (Juan 1:29; Apocalipsis 13:8). O sea, el plan con su sacrificio había sido

hecho antes que surgiera el pecado. En su omnisciencia y sabiduría, Dios creó un plan para salvar a la humanidad incluso antes de que esta fuera arrastrada por el gran conflicto. En ese plan, en lugar de exigir sacrificios y compensaciones humanas, Dios se dispuso a sufrir las consecuencias del pecado en nuestro lugar.

En Apocalipsis 5, Juan lloraba porque el libro del pacto y del destino de la humanidad no podía ser abierto por nadie. Sin embargo, pronto escuchó: “No llores. He aquí que el León de la tribu de Judá, la raíz de David, ha vencido para abrir el libro y desatar sus siete sellos”. Cuando giró para ver, Juan vio “en pie un Cordero como inmolado”. El Cordero, que representa a Jesús, tomó el libro y, cuando lo hizo, todos se postraron, diciendo: “Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos; porque tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje y lengua y pueblo y nación [...] y reinaremos sobre la tierra” (Apocalipsis 5:5-10).

A pesar de causar gran estrago y dolor en el cielo y en la Tierra, Lucifer perdió y Jesús venció. El pecado surgió en un querubín ungido (Ezequiel 28:15), pero otro Ungido (el Mesías, Cristo) vino para destruir las obras del diablo (Daniel 9:24; 1 Juan 3:8). Que Dios se involucre con el problema del mal es la respuesta a todas las preguntas. Jesús caminó en un mundo de dolor y muerte. Él vino para curar, enseñar y salvar. El diablo fue lanzado a la Tierra mientras que el nombre de Jesús fue exaltado sobre todo nombre (Filipenses 2:9-11). Después de descender la escalera para servir, Jesús fue glorificado por el Padre. Él venció, y nosotros vencemos con él.

Él, por la sangre del Cordero (Apocalipsis 12:11). El Hijo del Hombre reina, y por eso nosotros reinaremos con él (Daniel 7:14, 27).

Para reinar con él, necesitamos tomar una decisión hoy. Hoy necesitamos elegir. “[...] hoy [...] os he puesto delante la vida y la muerte, la bendición y la maldición; escoge, pues, la vida, para que vivas tú y tu descendencia” (Deuteronomio 30:19).

El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo actuaron en armonía para resolver el problema del mal sin destruir la libertad que nos fue concedida. Dios nos invita a usar nuestra libertad para dejar la rebelión y creer en Jesús: “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en Él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Juan 3:16). Para ser salvo, es necesario creer en Él. Eso también significa que necesitamos querer. Por eso, antes de realizar una curación, Jesús preguntaba: “¿Qué quieres que te haga?” (Lucas 18:41). Hoy, en este escenario de conflicto y rebelión, Jesús lo mira y le dice las mismas palabras: “¿Qué quieres que te haga?”.

Llamado

El mundo está sumergido en un gran conflicto espiritual. Todos los días, sufrimos las consecuencias de ese conflicto, que está estampado en la radio, en la TV y en internet. Por detrás de todo, está la realidad del pecado, con el orgullo, el egoísmo y toda maldad. Solo Dios puede salvarnos del pecado. Solo él tiene el remedio para esa enfermedad que infectó a parte de los ángeles y todos los seres humanos.

No podemos salvarnos a nosotros mismos. Dependemos de que nos salven. Jesús vino para salvarnos. Desde el Antiguo Testamento, Jesús es el Cordero de Dios, la respuesta divina al problema del mal. Su dolor y su muerte son la respuesta al pecado que está a nuestro alrededor. Como Cordero de Dios, él vino para enfrentar el mal y dar su vida por nosotros, pagando el precio por nuestros pecados. Necesitamos mirarlo a él, creer en él y rendirnos a él. Solo él es capaz de revertir todas las tragedias y construir un nuevo mundo de paz. En esta semana, entenderemos como él hizo y hará eso. Sin embargo, ahora necesitamos tomar una decisión a su lado: elegir la vida, la vida que hay en Jesucristo, ¡pues él venció por mí y por usted!

2º día | Domingo



UNA CRUZ EN EL PARAÍSO

Introducción

Cierta día, el dueño de una chatarrería recibió piezas de plomo de un aparato diferente. Al desarmarlo, encontró un polvo blanco, parecido a sal, pero que brillaba en la oscuridad con un color azul. Encantado con el brillo, decidió mostrárselo a familiares, amigos y vecinos. Algunos hasta llevaron muestras a su casa. Pronto comenzaron los primeros síntomas. Las personas fueron derivadas al hospital. Solo 13 días después, el 29 de setiembre de 1987, se descubrió que estaban tratando con 19 gramos de material radioactivo, el césio-137. El dueño de la chatarrería, su esposa, dos empleados, una niña y su padre fallecieron trágicamente. Entonces, se inició un enorme proceso de descontaminación. Como resultado, se retiraron seis mil toneladas de residuos y materiales de construcción confinados en 1.200 cajas, 2.900 tambores y 14 contenedores revestidos de concreto y acero, guardados en la ciudad de Abadía de Goiás, para que queden por 600 años. Cientos de sobrevivientes contaminados sufren hasta hoy los efectos de la radioactividad (sitio Brasil Escola, “Accidente con césio-137 en Goiania”).

Como seres humanos, a veces nos sentimos atraídos por la curiosidad. Deseamos conocer realidades diferentes. Ese sentimiento tiene más fuerza por cosas nuevas, pero también por las prohibidas y peligrosas. Las personas que no tienen vicios pueden sentir alguna curiosidad por el alcohol y otras sustancias que prometen sensaciones fuertes. Los peligros acechan a muchos matrimonios, como ya estamos cansados de ver. La gran lección es que podemos hasta saber que algo hace mal, pero es mucho más profundo experimentar el mal en nuestro cuerpo, conociéndolo en la práctica. Así como el material radioactivo, la Biblia revela que el pecado afecta no solo a una persona, sino a todas las que están alrededor. Podríamos decir que, aunque en pequeñas cantidades, es “radioactivo” y mortal.

Como vimos, el pecado y todos los males de este mundo comenzaron en el cielo con Lucifer. Él logró convencer a un tercio de los ángeles a unirse a él en su rebelión y fue expulsado a la tierra, cayendo como un relámpago (Luc. 10:18). Por eso, uno de sus nombres es “diablo”, que significa “lanzado”, porque fue lanzado del cielo a la tierra. Los seres humanos estaban en riesgo, pero solo conocerían el mal si quisieran experimentarlo. Y sobre eso vamos a hablar hoy.

I. Debemos estar atentos a la verdad de Dios para no caer en los engaños del enemigo.

No se encontró justificación para el surgimiento del pecado en el cielo, que es un lugar perfecto. De la misma forma, no había justificación para el surgimiento del pecado en la tierra recién creada, pues esta también era perfecta. El primer matrimonio vivía en un paraíso. Adán y Eva fueron creados por Dios el sexto día y descansaron en su primer día completo, el sábado. No había muerte ni dolor. Eran bellos, el clima era perfecto, y los animales

eran dóciles. Ellos literalmente reinaban sobre toda la creación de Dios.

Sin embargo, el primer matrimonio tenía solo una prohibición: no deberían comer del fruto del árbol que estaba en medio del jardín. “De todo árbol del huerto podrás comer; mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás” (Gén. 2:16, 17). Esa era la única restricción a la cual deberían obedecer.

El “no” a un solo árbol significaba un “sí” a todos los otros. Generalmente, funciona así: los no de Dios son afirmativos: representan solo un pequeño límite del inmenso menú de opciones que tenemos a disposición. Sería como un estacionamiento con 700 lugares, totalmente vacío, donde usted puede estacionar en cualquiera, menos en un lugar marcado de azul. ¿Qué razón tendría para dejar el auto en el lugar prohibido? La diferencia es que la prohibición de Dios era para proteger a la primera pareja. Pero, por más que parezca ilógico, el ser humano deseó lo que estaba prohibido. Puede ser hasta peor de lo que ya tiene, pero la curiosidad, el deseo de experimentar algo nuevo y prohibido es algo muy fuerte que tenemos dentro de nosotros y que no logramos vencer sin la ayuda de Dios.

El matrimonio vivió bien por un tiempo en el paraíso, y tal vez nunca hubiera probado del fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal. Sin embargo, en un momento de descuido, Eva se encontró lejos de su marido y peligrosamente demasiado cerca del árbol prohibido. Ella estaba tan cerca del árbol que pudo oír los susurros extraños que venían de allí. Su mente fue atraída más cerca. Sin ningún aviso, oyó una pregunta tan tortuosa como la de una serpiente que hablaba: “¿Conque Dios os ha dicho: ‘No comáis de todo árbol del huerto?’” (Gén. 3:1).

Hagamos ahora una pausa. Note que, así como Dios emite frases para crear el mundo, la serpiente emite una frase para destruir lo que Dios había hecho con tanto amor y perfección. Ella tomó las palabras de Dios y las organizó de una manera parecida, pero con un sentido totalmente diferente. En el lenguaje original, ella afirmó: “¿Es cierto que Dios dijo: ‘No comeréis de todo árbol del huerto?’”

La serpiente se presentó como la intérprete de las palabras de Dios. Primero separa una frase del resto de la orden divina y le afirma a Eva que Dios había dicho que ella no podría comer de todos los árboles del huerto, y punto. Al decir solo eso, estaba mostrando una idea contraria a lo que él ordenó. El enemigo de Dios es un maestro en citar la Biblia. La conoce más que cualquiera. Todavía hoy usa la Palabra de Dios, la Biblia, para engañar a millones y millones de personas.

La estrategia que usó en el Edén, de tergiversar las palabras de Dios, fue la que usó con Jesús en el desierto. Citó de memoria el Salmo 91:12 para convencer a Jesús de que saltara del techo del templo. Y vea que también usó un “escrito está”. “Si eres el Hijo de Dios, échate abajo; porque escrito está: ‘A sus ángeles mandará acerca de ti, y, en sus manos te sostendrán, para que no tropieces con tu pie en piedra’ (Mateo 4:6). En el “ring” del gran conflicto entre el bien y el mal, él quiso derribar a Jesús con un “golpe bíblico”.

En respuesta, Jesús se defendió con otro “está escrito”: “Escrito está también: ‘No tentarás al Señor tu Dios’” (Mat. 4:7). Él citó Deuteronomio 6:16, donde Moisés exhortó al pueblo de Israel a no poner a Dios a prueba, como habían hecho en el desierto. A diferencia de las fallas de los seres humanos, de la pareja en el paraíso y de Israel en el desierto, Jesús venció. En tentaciones semejantes, él solo venció porque conocía la Palabra de Dios.

Nuestra única seguridad es conocer la Palabra de Dios. “¡A la ley y al testimonio! Si no dijeren conforme a esto, es porque no les ha amanecido” (Isa. 8:20). Al pueblo de Dios se le indica que busque en las Sagradas Escrituras su salvaguardia contra las influencias de los falsos maestros y el poder seductor de los espíritus tenebrosos. Satanás emplea cuantos medios puede para impedir que los hombres conozcan la Biblia, cuyo claro lenguaje revela sus engaños. [...] Solo los que hayan fortalecido su espíritu con las verdades de la Biblia podrán resistir en el último gran conflicto. Toda alma ha de pasar por la prueba decisiva: ¿Obedeceré a Dios antes que a los hombres?” (Elena de White, *El conflicto de los siglos*, p. 579-580).

Esta semana estamos haciendo exactamente lo que mencionamos: fortaleciendo la mente con la Palabra de Dios. Y lo hacemos porque queremos vencer las tentaciones y las pruebas que enfrentamos hoy y enfrentaremos mañana. El pecado seduce, es apelativo, aunque sea irracional. Promete muchas cosas, presenta un futuro maravilloso, pero la realidad es que trae infelicidad, enfermedad y muerte. Pero, Jesús nos enseña que solo podemos vencer por medio de la Palabra de Dios, que es espada y escudo. Sin la Palabra de Dios, quedamos completamente indefensos frente a las embestidas del enemigo para nuestra salvación. Sin la Biblia, no lograremos conocer la voluntad y los planes de Dios. Solo ella nos enseña de dónde venimos y a dónde vamos. Sin ella, no lograremos conocer a Jesús, porque la Biblia da un testimonio fiel de quién es él (lea Juan 5:39 y Lucas 24:27).

II. El pecado infectó el mundo y necesitamos a Jesús para salvarnos.

En 2020, el mundo sufrió con la pandemia de COVID-19, que dejó un saldo de millones de muertos y un rastro de destrucción.

Sin embargo, la Biblia revela que la entrada del pecado fue la primera y la madre de todas las pandemias, pues es una enfermedad que lleva a la muerte a todas las personas, sin excepción. “Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron” (Rom. 5:12).

Humanamente hablando, no hay salida para la muerte. Perdimos a seres queridos que están en la sepultura, y otros queridos nos van a perder. Allí terminan las realizaciones, la convivencia, los proyectos y los sueños de la vida. “Porque los que viven saben que han de morir; pero los muertos nada saben, ni tienen más paga; porque su memoria es puesta en olvido. También su amor y su odio y su envidia fenecieron ya; y nunca más tendrán parte en todo lo que se hace debajo del sol” (Ecl. 9:5, 6).

Sin embargo, una palabra de esperanza hace eco desde el paraíso. Frente a la tragedia, Dios anunció las buenas nuevas. Al mirar a la serpiente, el Creador le dijo al enemigo: “Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya [los descendientes]; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar” (Gén. 3:15, la aclaración fue agregada por el autor).

Esa poesía hebrea llena de simbolismo anuncia que Dios pondría enemistad entre el ángel caído y los seres humanos también caídos. Ellos no formarían una rebelión unida. El hecho de que la frase comienza con la palabra “enemistad” representa un énfasis en la acción divina. En otras palabras, Dios declaró que de allí en adelante habría un conflicto, pero Dios no desistiría de la humanidad. Él dijo que lucharía por nosotros. No sería un conflicto cualquiera; sería un gran conflicto, largo e intenso entre el bien y el mal que ocurriría en el corazón y la vida de las generaciones futuras.

Otra enseñanza importante de ese pasaje es que, de la simiente,

o sea, de la descendencia de la mujer surgiría un hombre (él) que aplastaría la cabeza de la serpiente. Esa es la primera promesa de la venida de un Salvador. Así, en verdad, la Biblia es una gran saga, una gran historia real que narra la historia de generaciones y generaciones de familias que esperaron el nacimiento del hijo que sería el Salvador del mundo.

Para los condenados a muerte por el pecado, Jesús es la esperanza que brilla a lo largo de las páginas de la Biblia. Como él mismo lo dijo: “Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá” (Juan 11:25). El domingo de la resurrección, el Cristo resucitado se encontró con dos discípulos que caminaban tristes en dirección a una villa llamada Emaús. Ante la tristeza por su muerte, Jesús “comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de Él decían” (Lucas 24:27). Jesús explicó lo que la Biblia decía desde Génesis a Malaquías. Y seguramente habló de la esperanza anunciada desde el Edén, el paraíso perdido. El evangelio no comienza en Mateo o en el Nuevo Testamento, comienza en Génesis. Por el año 180, Ireneo de Lyon fue el primero en llamar a Génesis 3:15 como protoevangelio, o sea, “el primer evangelio” o “evangelio inicial” (ver Jacques Doukhan, *Genesis, Seventh-day Adventist International Bible Commentary*, 2016, p. 103).

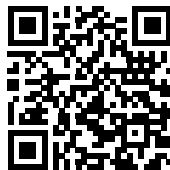
Pero la promesa de Dios tendría un precio. Aplastaría la cabeza de la serpiente, pero ella heriría el calcañar con su veneno mortal. La intervención divina le costaría caro a Dios. La muerte de la serpiente llevaría a la muerte al Libertador. El Libertador tendría que experimentar la muerte para salvarnos de la muerte. “Así que, como por la transgresión de uno vino la condenación a todos los hombres, de la misma manera por la justicia de uno vino a todos los hombres la justificación de vida” (Rom. 5:18). La desobediencia y el pecado de Adán y Eva serían vencidos por un solo acto de justicia, la cruz de Cristo, para que Dios pudiera

conceder su gracia para nuestra salvación.

Dios plantó una cruz en el paraíso para disipar las sombras lanzadas por el pecado. Por la fe en el Redentor que vendría, las personas podrían ser salvas del pecado y la muerte eterna. El gran error del pasado sería reparado mediante el sacrificio y la preciosa sangre del Hijo de Dios. Como un pastor que ama a sus ovejas, Dios se comprometió a descender al desfiladero resbaladizo de este mundo para salvar a la oveja perdida. Él se alegra de salvar a los perdidos. Nos ama, independientemente de lo que hayamos hecho, de nuestro pasado, de los errores que cometimos en la vida. No importa cuán sucios estemos, él nos abraza y promete hacer lo imposible para salvarnos si realmente clamamos por su ayuda.

Llamado

Jesús está ahora extendiéndole su mano. Aunque usted haya caído, aunque no haya resistido las tentaciones y se encuentre hoy sucio, inmundo por el pecado, “Él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad” (1 Juan 1:9). Él no mira la suciedad de sus malos actos. Él lo mira y le ofrece una nueva oportunidad. Hoy lo está llamando a recomenzar. ¡Entréguele su vida hoy!



Para más materiales y video del día, visite el enlace:

adv.st/semanasanta-estudiodiario

3^{er} día | Lunes



¿DÓNDE ESTÁ EL CORDERO?

Introducción

Mientras algunas personas abandonan a sus hijos y otros los crían con indiferencia, miles sueñan con ser padres. Tal vez por haber vivido en familias grandes, quién sabe, por haber convivido con un hermano o hermana, o por tener buenos recuerdos. Quien sabe, quizás por haber tenido una infancia desagradable, sueñan con hacer algo diferente. Muchos sienten luto por un hijo que no tuvieron o se lanzan en una batalla ardua en las clínicas. Otros también intentan encontrar un lugar en las largas filas de adopción.

Para los hombres y mujeres antiguos de la Biblia, tener un hijo era una de las mayores realizaciones de la vida. Era una forma de mantener la memoria de la familia, de transferir la propiedad que los padres dejaban como herencia. Sobre todo, los hijos eran la mayor herencia (Sal. 127:3). En la larga trayectoria de los descendientes de Eva, las madres esperaban que sus hijos fueran bendecidos por Dios para realizar algo especial. El nombre de los hijos generalmente revelaba grandes expectativas.

Para darle continuación a la promesa iniciada en el Edén, Dios le prometió hijos y una gran descendencia a Abraham cuando lo llamó de Ur de los Caldeos a la tierra de Canaán. Abraham recibiría una tierra y descendientes para habitarla y formaría una nación

grande que sería una bendición para el mundo. Pero no todo ocurrió de manera tan fácil. Abraham y Sara, su esposa, no podían tener hijos. Los años y las décadas pasaron hasta que perdieron todas las esperanzas. La esterilidad paralizó su fe.

Cuando Abraham alcanzó la edad de 99 años, Dios se le apareció nuevamente. Le prometió al patriarca otra vez que sería padre de una gran nación y que sería “extraordinariamente fecundo”, padre de naciones y reyes (Gén. 17:5, 6). Su nombre no sería más Abraham (“padre exaltado”), sino Abraham (“padre de un pueblo”). El nombre “Sarai” (“mi princesa”) también fue cambiado al de Sara, “princesa”, porque Dios la bendeciría como madre de naciones y reyes (Gén. 17:15, 16). Abraham ya era padre de Ismael, pero entonces Dios le prometió el nacimiento de un hijo por medio de Sara, su esposa legítima, y el niño debería llamarse Isaac. Él cumpliría el pacto hecho por Dios con Abraham.

Isaac significa “risa”. A los 100 años Abraham vio la risa renacer en el semblante de su esposa. Sara dijo: “Dios me ha hecho reír, y cualquiera que lo oyere, se reirá conmigo” (Gén. 21:6). Cuando el niño fue destetado, Abraham hizo un gran banquete (v.8). Dios quiso dejar claro que el nacimiento de Isaac fue un verdadero milagro.

Todo parecía estar andando bien cuando “Dios puso a Abraham a prueba y le dijo: ‘Abraham’. Y él respondió: ‘Heme aquí’. Y dijo: ‘Toma ahora tu hijo, tu único, Isaac, a quien amas, y vete a la tierra de Moriah, y ofrécelo allí en holocausto sobre uno de los montes que yo te diré’” (Gén. 22:1, 2). El texto hebreo parece indicar que lo que Dios dijo no era solo una orden, sino una expresión del deseo de una ofrenda voluntaria. Al mismo tiempo, las palabras calculadas comunicaban no solo la orden, sino que también despertaban los más profundos afectos paternos, elevando la prueba a una severidad extrema (H. D. M. Spence-Jones, org., Génesis, The Pulpit Commentary, p. 283).

Aquello parecía una locura. El hijo tan esperado, fruto de un milagro divino, ¿Dios exigía que lo ofreciera en holocausto, que muriera, que lo quemaran? “Debemos notar que fue esta vez, la última vez, la única vez y la vez más difícil donde no hay promesa que acompaña la prueba” (Borgman, Genesis, em (Jacques Doukhan, ed., Genesis, The Seventh-day Adventist International Commentary, p. 277). Antes de sacrificar a su hijo, Abraham ya había muerto por dentro. No era solo uno de los momentos clave del gran conflicto, era la mayor batalla de la vida de Abraham.

¿Por qué Dios le hizo ese pedido? ¿Qué ocurrió al final? ¿Y qué representa todo eso? Lo veremos ahora.

I. Se nos llama a imitar la obediencia del padre

Abraham oyó el mensaje de Dios y partió en la madrugada del día siguiente sin cuestionar ni argumentar. Aunque más tarde Dios dejó claro que abomina sacrificios humanos (Lev. 18:21; Deut. 12:31), no le comunicó eso a Abraham. Entre los caldeos y los cananeos, los sacrificios de bebés y niños era una triste realidad en aquella época.

Abraham no buscó ningún consejo humano u opinión diferente en donde apoyarse. En su espiritualidad madura, en su larga relación con Dios, decidió obedecer, aunque no se le dijo el por qué. Él era amigo de Dios (Isa. 41:8) y tal vez debía desconfiar más de sí mismo que del Señor.

Pudo haberse preguntado: “¿Será que escuché bien? ¿Tengo que sacrificar a mi hijo?” ¿Estaba siendo traicionado por sus sentidos y su razón? Únicamente una comunión viva y madura, desarrollada a lo largo de los años, podría apartar la “autodenuncia” de locura (Francis D. Nichol, ed., Comentario Bíblico Adventista del Séptimo Día, t. 1, p. 362). Desobedecer a Dios parecía ser la actitud sobria para el momento, y obedecer sería locura. El apóstol Pablo

resumió: “Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente” (1 Cor. 2:14). Para el mundo, seguir a Dios parece locura.

Para el mundo, estar aquí escuchando un mensaje de Dios parece locura total. Existen padres que prefieren que su hijo esté con un vaso de bebida en la mano antes que esté con la Biblia, ¿no es cierto? Pero las cosas de Dios se entienden espiritualmente. Para el cristiano, “es más importante obedecer a Dios antes que a los hombres” (Hech. 5:29). En nuestros días, la idea de obedecer es algo hasta ridículo, “cosa de gente limitada, boba”. Aunque había fallado en algunos momentos de su caminar con Dios, obedecer se había convertido en un valor innegociable para Abraham, y ese es un llamado divino para nosotros hoy.

Al partir por el camino de 90 kilómetros o de tres días a pie, desde Beerseba al monte Moria, donde sería la futura ciudad de Jerusalén (2 Crón. 3:1), Abraham también reveló su fe en Dios. En Génesis 12, Abraham fue llamado a dejar su pasado, la tierra de sus antepasados y parientes; en Génesis 22, Abraham fue llamado a “arriesgar el futuro, su hijo y su esperanza” (Jacques Doukhan, ed., Genesis, The Seventh-day Adventist International Commentary, p. 276).

Era la mayor prueba que un ser humano podría soportar. “Isaac era la luz de su casa, el solaz de su vejez, y sobre todo era el heredero de la bendición prometida. [...] pero he aquí que se le ordenaba que con su propia mano derramara la sangre de ese hijo. Le parecía que se trataba de una espantosa imposibilidad” (Elena de White, Patriarcas y profetas, p. 128). Cada paso del camino testificaba que su devoción a Dios estaba por sobre cualquier cosa o persona. Estaba sobre el propio Abraham. Como padre de la fe, Abraham nunca dejó de ser un alumno en la escuela de Cristo.

“Al tercer día, alzó Abraham sus ojos, y vio el lugar de lejos. Entonces dijo Abraham a sus siervos: “Esperad aquí con el asno, y yo y el muchacho iremos hasta allí y adoraremos, y volveremos

a vosotros” (Gén. 22:4, 5). Esa fue una declaración heroica. “Por un lado, Abraham aceptó la orden de Dios de sacrificar a su hijo; y por otro, confió en Dios y su promesa de que Isaac sería el padre de un pueblo escogido y el antecesor del Mesías. [...] Él no absuelve la orden de Dios como tampoco absuelve la promesa de Dios” (Jacques Doukhan, ed., Genesis, The Seventh-day Adventist International Commentary, p. 279). Abraham creía que Isaac viviría (Gén. 17:21), resucitaría (Heb. 11:19). Creía que el Señor es el Dios de la vida, no de la muerte. Divisó lo invisible y lo imposible y siguió adelante, transformándose en el “padre de la fe” (Rom. 4:11).

En nuestro caminar con Dios, a veces somos conducidos a situaciones extremas. Se nos confronta a decidir obedecer o no lo que Dios pide. La mayoría prefiere ignorar, negar y dudar de lo que Dios dice y seguir su propio camino, pero él nos llama a confiar en él y a tener una experiencia profunda de fe que nos impulsa a obedecer su Palabra (Sant. 2:21, 22). Se nos llama a vivir por la fe como Abraham vivió.

II. Se nos llama a imitar la sumisión del hijo

Así como Abraham, el joven Isaac también fue un ejemplo de fe. La narración dice que “los dos caminaban juntos” (Gén. 22:6). El padre y el hijo andaban juntos. Isaac, con poco más de 20 años, seguía a su padre centenario con todo respeto y cariño. Aunque ese viaje era extraño y con pocas explicaciones, en ningún momento leemos que él cuestionó al padre.

El clima de tensión se nota en los diálogos algo raros. Cerca de la hora más difícil, el silencio prevalecía, hasta que el joven preguntó: “Padre mío [...] He aquí el fuego y la leña; mas ¿dónde está el cordero para el holocausto?” Y respondió Abraham: ‘Dios se proveerá de cordero para el holocausto, hijo mío’. E iban juntos” (Gén. 22:7, 8). El padre respondió con cariño, manifestando una vez más una fe heroica.

“En el sitio indicado construyeron el altar, y pusieron sobre él la leña. Entonces, con voz temblorosa, Abrahán reveló a su hijo el mensaje divino. Con terror y asombro Isaac se enteró de su destino; pero no ofreció resistencia. [...] Isaac [...] lo aceptó con sumisión voluntaria. Participaba de la fe de Abrahán, y consideraba como un honor el ser llamado a dar su vida en holocausto a Dios. Con ternura trató de aliviar el dolor de su padre, y animó sus debilitadas manos para que ataran las cuerdas que lo sujetarían al altar” (White, *Patriarcas y profetas*, p. 147).

En una era cuando los hijos deshonran y maltratan a los padres, debemos aprender de Isaac, quien amaba profundamente al anciano padre y a Dios. Consideraba un honor obedecer al padre y dar la vida en sacrificio al Señor. Cuando Dios nos pide u ordena algo, nuestra primera reacción es encerrarnos en el egoísmo, pero Isaac y su padre entregaron la mayor ofrenda que cualquiera puede dar, se dieron ellos mismos y todo lo que era más importante para ellos.

III. Se nos llama a contemplar el sacrificio y el sufrimiento de Dios

Cuando leemos “Toma ahora tu hijo, tu único, Isaac, a quien amas” (Gén. 22:2), esta es la primera vez que aparece el verbo “amar” en la Biblia. Dios puso a Abraham en un conflicto de amores: el amor a Dios y el amor al hijo. En esa prueba terrible, Dios permitió que Abraham experimentara lo que la Divinidad sentiría al salvar a los seres humanos, pero de manera inversa. Abraham estaba dispuesto a sacrificar a su hijo, por amor a Dios. Dios estaba dispuesto a sacrificar a su Hijo por amor al mundo pecador.

Cuando Abraham levantó la mano con el cuchillo para dar el golpe final a su hijo Isaac, un ángel gritó con urgencia: “Abraham, Abraham [...] No extiendas tu mano sobre el muchacho, ni le hagas nada; porque ya conozco que temes a Dios, por cuanto no me rehusaste tu hijo, tu único” (Gén. 22:11, 12). Enseguida, Abra-

ham “miró, y he aquí a sus espaldas un carnero trabado en un zarzal por sus cuernos; y fue Abraham y tomó el carnero, y lo ofreció en holocausto en lugar de su hijo” (v. 13).

La mayor prueba de la vida de Abraham confirmó el pacto que Dios hizo con él, pero fue mucho más allá. En primer lugar, la respuesta confiada de Abraham adelantó que Dios proveería la víctima para el sacrificio. Sin nada entre manos, nosotros, los seres humanos, no tenemos cómo salvarnos. Solo por una ayuda externa, por el sacrificio que Dios provee, es como podemos salvarnos. Solo por una ayuda externa, por el sacrificio que Dios provee es como podemos tener esperanza de salvación. Dios proveyó el carnero, que fue sacrificado en lugar de Isaac. Así como Isaac, deberíamos morir por nuestros pecados, pero Dios proveyó salvación a todo el que cree por medio del sacrificio de Jesús.

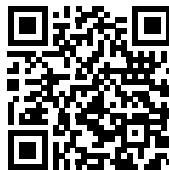
Isaac fue librado. Abraham lo abrazó fuerte. Ambos sintieron un alivio indescriptible. Sin embargo, la fiesta de Abraham por la prueba que pasó contrastaba con el dolor de Dios en la prueba que vendría. Como un Padre fiel que ama a la humanidad, Dios entregaría a su Hijo amado Jesús a los malhechores, que se burlarían de él, lo azotarían y lo llevarían al Gólgota. En las últimas horas, ese Hijo imploraría por otra solución; pero, así como Isaac, aceptaría la voluntad del Padre. Jesucristo extendería sus brazos sobre el madero, así como Isaac estaba atado sobre la leña para el holocausto. Pero en el caso de Jesús, no habría sustituto para Él. Ningún ángel gritaría pidiendo que se detuvieran. Él moriría sufriendo horriblemente con los clavos rasgando su carne y el pecado rasgando su corazón.

El Padre contemplaría la escena con profunda tristeza. Los cielos se oscurecerían, y los ángeles cubrirían sus rostros por el horror. Pero, ese era el único camino para salvar al mundo. Como Abraham caminó con Isaac al monte Moria, en Jerusalén, Dios Padre y Dios Hijo caminaron juntos en la dura senda del servicio para salvar al mundo en Jerusalén. El lugar no fue coincidencia. Dios podría desistir. Con un pensamiento, Jesús podría pulverizar el

mundo y escapar de la cruz. Pero el amor divino fue mayor. “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Juan 3:16).

Llamado

No existe mayor amor que ese: el de un Padre que entrega a su Hijo para salvarnos. Jesús fue al frente por usted. Él no desistió de salvarlo, porque él y el Padre lo aman. Delante de ese gran sacrificio, ¿qué falta para que usted finalmente le entregue su corazón a Cristo? ¿Qué impide que le entregue hoy su vida a Jesús? Acéptelo como Señor y Salvador e inicie un camino de fe con él. Sus sacrificios no tienen valor. Él es el Cordero que está faltando en su vida.



Para más materiales y video del día, visite el enlace:

adv.st/semanasanta-estudiodiario

4° día | Martes



LIBRES POR LA SANGRE

Introducción

La joven Edith Eva Eger, conocida como “Eddie”, nació en Hungría, donde vivía con su familia. En mayo de 1944, recién había cumplido dieciséis años cuando fue enviada al campo de exterminio nazi de Auschwitz, en Polonia, junto con sus padres y su hermana Magda. Al llegar al campo, separaron a quienes tenían hasta quince años o más de cuarenta y cinco al “baño”, a las cámaras de gas, y después eran incinerados. Los que tenían de dieciséis a cuarenta y cuatro años debían trabajar hasta morir de inanición en semanas o meses.

En aquel infierno de nieve, sin ninguna esperanza, los soldados nazis descubrieron que Eddie bailaba ballet, y la llevaron para entretener a Yosef Mengele, conocido como el Ángel de la Muerte, por sus crueles experimentos científicos con los prisioneros. A los ojos de ese monstruo, Eddie comenzó a bailar. Como premio, Eddie recibió un pedazo de pan y algún tiempo más de vida.

Finalmente, los aliados estadounidenses y rusos se acercaban para librar Auschwitz y otras decenas de campos de concentración. Entonces, los nazis forzaron a los prisioneros a caminar en una de

las muchas “marchas de la muerte”. Los prisioneros esqueléticos tenían que caminar día y noche hasta otros campos más cercanos de Alemania, si no morían por el camino, como ocurría con la mayoría. Eddie estaba entre ellos. No pesaba más de 27 kilos, y caminó tanto que se desplomó en el suelo, terminando sobre una pila de cuerpos en el campo de Gunskirchen.

Los soldados estadounidenses de la 71ª infantería llegaron al lugar y encontraron esa escena terrible. Fue cuando un soldado notó que unos dedos se movían. Era la mano de Eddie. En seguida, la retiraron del medio de los cadáveres, la cuidaron, y milagrosamente, sobrevivió. Más tarde, ella emigró a los Estados Unidos, estudió y llegó a ser una psicóloga renombrada.

En su libro *La libertad es una elección*, cuenta como fue fundamental para ella y lo es para todos nosotros que nos libremos de nuestras prisiones mentales. Ella afirmó, citando la Biblia: “Podemos atravesar el valle de sombra y muerte, pero no necesitamos acampar ni construir nuestra casa por allá”.

Hace 3.500 años, los israelitas eran esclavos en Egipto. Construían sin descanso ciudades y monumentos inmensos para gloria de los faraones. Sufrían y suspiraban bajo cargas insostenibles. Postrados por el cansancio, recibían chicotazos y eran humillados día tras día hasta la muerte. Fue entonces cuando clamaron a Dios. Imploraron liberación. Creyeron que el Señor levantaría un liberador para llevarlos a la tierra prometida a Abraham. Ese era un capítulo más de la historia del gran conflicto entre el bien y el mal.

I. Debemos clamar porque Dios está atento a nuestra condición y a nuestras oraciones

Lea Éxodo 2:23-25.

La muerte de un rey traía esperanzas de que la situación podría

mejorar. Sin embargo, los israelitas no eran considerados parte del pueblo egipcio, sino esclavos, y fueron tratados con más dureza todavía. Ellos “gemían a causa de la servidumbre”, que en la lengua original significa “gemían a causa de su trabajo” (v. 23). Entonces, comenzaron a clamar a Dios. Clamar no es una oración común. Es una expresión de ansiedad y angustia delante de Dios. Es una súplica profunda que involucra cuestiones de vida o muerte.

¿Alguna vez ha clamado a Dios? Muchas personas no oran, mucho menos claman a Dios. No imaginan cuán atento está él y quiere ayudar. Él ve nuestra situación de desesperación y nos quiere liberar, pero para eso necesitamos permitirle que lo haga, invitarlo. Dios no libera a quien se siente cómodo en la prisión y se resiste a dejarla.

Poco tiempo después de haber sido librado, el pueblo de Israel sintió nostalgia de Egipto. Los israelitas se quejaron a Moisés, recordando “las ollas de carne”, “los peces, pepinos, melones, cebollas y ajos” que tenían en Egipto (Éxo. 16:3; Núm. 11:5). No tenían libertad, pero tenían comida. Una vida lejos de Dios, en la esclavitud del pecado, tiene sus compensaciones aparentes. Alguna comida, alguna atención, alguna sensación agradable, algún minuto de descanso, algún dinero, algún placer. Pero no pasan de migajas que dan una ilusión de comodidad en medio de la total esclavitud.

Somos esclavos del pecado (Rom. 6:6). Un esclavo no tiene derecho de elegir. Solo puede hacer lo que su señor le ordena. A veces hacemos lo que no queremos. Eso nos hace sentir miserables sin ninguna esperanza de salvación (Rom. 6:19-25).

La buena noticia es que “todo aquel que invocare el nombre de Jehová será salvo; (Joel 2:32; Rom. 10:13). “Si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo” (Rom. 10:9). No importa el tamaño de su pecado, cuánto lo tenga aprisionado, Dios es capaz de librarlo. Basta que invoque su nombre, que clame a él. No

importa su edad, usted puede recomenzar.

Dios llamó a Moisés para librar a su pueblo porque había oído su clamor (Éxo. 3 y 4). Moisés objetó, pero al fin aceptó la misión, con la promesa de que Dios lo ayudaría a realizar grandes señales y llevaría juicios a Egipto, a fin de salvar a los israelitas de aquella situación. Con un humilde cayado en la mano, Moisés libraría al pueblo de la nación más poderosa de la Tierra.

II. Somos librados por el precio de la sangre

El rey no libraría al pueblo pacíficamente. Él se rio de Moisés y de su hermano Aarón. Se burló de Dios, diciendo “¿Quién es Jehová, para que yo oiga su voz y deje ir a Israel? (Éxo. 5:2). También aumentó el trabajo de los israelitas, haciendo que estos se enojaran contra Moisés (Éxo. 5:6-21). Entonces, Dios le indicó a Moisés que realizara señales que terminarían forzando a Egipto a liberar a los israelitas.

En cada anuncio y pedido al Faraón para que dejara libres a los israelitas, las plagas cayeron sobre los egipcios, las aguas se transformaron en sangre, millones de ranas invadieron las casas, los piojos atormentaron a las personas. El Faraón escuchaba los pedidos de Moisés, prometía cambiar, pero después volvía a endurecer su corazón. Una plaga siguió a la otra, las moscas, la peste en los animales, las úlceras, una lluvia de granizo, langostas y tinieblas que devastaron y aterrorizaron al país. Pero, la décima plaga sería peor: la muerte de los primogénitos, anunciada desde el inicio (Éxo. 4:23; 11:1).

En ese momento, Dios instituyó la Pascua. El 10 del primer mes del año, debían reservar un cordero de hasta un año para matarlo y comerlo a la puesta del sol del día 14. Debían tomar un poco de la sangre y pasarla sobre los dinteles de las puertas. Tenían que comer

la carne asada al horno con panes sin levadura y hierbas amargas (Éxo. 12:6-8) la noche anterior a la salida de Egipto.

“Es la Pascua de Jehová. Pues yo pasaré aquella noche por la tierra de Egipto, y heriré a todo primogénito en la tierra de Egipto, así de los hombres como de las bestias; y ejecutaré mis juicios en todos los dioses de Egipto. Yo Jehová. Y la sangre os será por señal en las casas donde vosotros estéis; y veré la sangre y pasaré de vosotros, y no habrá en vosotros plaga de mortandad cuando hiera la tierra de Egipto” (Éxo. 12:11-14).

La palabra “pascua” (*pesach*) viene del verbo hebreo *pasach* que significa “pasar por encima”, y todo aquel ritual tenía un significado profundo. La sangre significa vida (Lev. 17:11). Como no tenían altares ni templos en Egipto, sus casas fueron consagradas como verdaderos altares para salvar a las familias. Dios espera que esto mismo ocurra en nuestros hogares. Que cada uno sea marcado por la sangre del Cordero.

El cordero no solo debería ser muerto, también debían comerlo. Así como dijo Cristo, debemos comer su carne y beber su sangre para ser salvos (Juan 6:53, 54, 63). Eso significa aceptar profundamente, abrazar el sacrificio de Jesús, recibir de corazón la salvación que Él ofrece.

“Para alcanzar el perdón de nuestro pecado, no basta que creamos en Cristo; por medio de su Palabra debemos recibir por fe constantemente su fuerza y su alimento espiritual” (Elena de White. *Patriarcas y profetas*, p. 282).

Las hierbas amargas representaban la amargura del cautiverio, pues los egipcios “amargaron su vida con dura servidumbre” (Éxo. 1:14). Para recibir el sacrificio de Jesús en nuestro favor, debemos tener consciencia de la amarga prisión del pecado. La levadura también debería estar ausente, para representar que se apartaban de “la levadura de malicia y de maldad” (1 Cor. 5:7, 8).

Los israelitas y muchos egipcios que temían a Dios obedecieron los órdenes divinas. A la puesta del sol, miles de animales fueron sacrificados, y su sangre rociada en las puertas. A media noche, miles de primogénitos de los egipcios, humanos y animales, perdieron la vida en todo el reino (Éxo. 12:29).

Ese fue el golpe más duro. Las primeras nueve plagas habían sido contra la fe en los dioses de Egipto: el río, las ranas, los animales, entre otras cosas que adoraban. La décima fue una gran demostración de soberanía, un juicio ejecutado sobre todos los dioses de Egipto: Apis, el dios toro, y las ovejas consagradas a Knef, los becerros consagrados a Khem, las vacas a Ator”, entre otros (H.D.M. Spence-Jones, org., Exodus, The Pulpit Commentary 1909, v. 1, p. 260). En cada plaga, Dios demostró su poder sobre la creación, pero el Faraón y los egipcios no se arrepintieron.

La plaga afectó lo que para ellos era más precioso: sus hijos. Como habían masacrado a los bebés israelitas, esclavizado y matado a los hijos de Abraham, Dios estaba trayendo un juicio terrible, pero al mismo tiempo proveyendo una forma de escapar de la muerte.

Por otro lado, los israelitas deben haberse sorprendido al saber que también estaban en riesgo. En las plagas anteriores, Dios había hecho distinción entre los israelitas y los egipcios, pero, en la última plaga, las casas de los israelitas también recibirían la visita del ángel. Tal vez, durante las primeras plagas pudieron creer que eran más santos o justos que los egipcios, pero la décima plaga demostró que ellos eran tan pecadores como los egipcios y que también merecían morir. Si Dios no hubiera provisto un medio para su salvación, ellos también perecerían. Habían rechazado la palabra de Moisés, así como lo hizo Faraón (Éxo. 5:21). También adoraban a los ídolos egipcios (Jos. 24:14). Eran pecadores por naturaleza y merecían la muerte, como cualquier otro (Rom. 3:9) (Ryken y R. Hughes. Exodus; Saved for God's Glory, 2005, p. 326).

Solo la presencia de la sangre los libraría de la muerte. Si tuvieran fe en la sangre del cordero y la colocaran en los dinteles de sus puertas, podrían vivir. Así, necesitamos recordar que “nunca veremos nuestra necesidad de salvación hasta que aceptemos que somos pecadores como cualquiera lo es” (Ryken y R. Hughes. Exodus; Saved for God’s Glory, 2005, p. 326).

Todos estamos sujetos a la muerte. La tumba es una de las únicas seguridades de esta vida (1 Rey. 2:2). Nuestros pecados nos condenan y necesitan ser pagados para acercarnos a Dios. Sin sangre, no hay remisión (Heb. 9:22). Necesitamos un Cordero, Jesús, “el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo” (Juan 1:29), cuya sangre nos rescata de la muerte eterna (1 Ped. 1:18, 19).

Necesitamos tener fe en el medio que Dios proveyó para salvarnos, creyendo y actuando de acuerdo con las órdenes de Dios. “Si los israelitas hubieran menospreciado en lo más mínimo las instrucciones que se les dieron, si no hubieran separado a sus hijos de los egipcios, si hubieran dado muerte al cordero, pero no hubieran rociado los postes con la sangre, o hubieran salido algunos fuera de sus casas, no habrían estado seguros” (Elena de White, *Patriarcas y profetas*, p. 250).

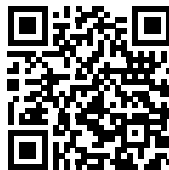
Debían seguir el plan de Dios para la vida de ellos y ser salvos conforme a las instrucciones divinas. Por otro lado, “en cuanto a la salvación, Dios da lo que Dios requiere. Así, vez tras vez, a través de la historia de la redención, Dios ha provisto un cordero u otro animal sacrificial para salvar a su pueblo” (Ryken y R. Hughes. Exodus; Saved for God’s Glory, 2005, p. 329). Fue así con Abraham e Isaac. Fue así con Israel y así es con nosotros.

“[...] nuestra pascua, que es Cristo, ya fue sacrificada por nosotros” (1 Cor. 5:7). Así como un cordero inocente y sin defecto, sin ningún pecado por nacimiento o por acciones, Jesús fue sacrificado por nosotros. También necesitamos confiar en los medios que Dios ofrece para salvarnos. Somos salvos por el medio que él proveyó. Como el apóstol Pedro dijo: “Y en ningún otro hay salvación; por-

que no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos” (Hech. 4:12).

Llamado

Al mirar a las personas en un centro lleno, parece que son esclavas de algo, ¿no es así? ¿Para que trabajan? ¿Para qué viven? Al mirar nuestra vida, ¿cuál es su propósito? Sin Dios, somos esclavos del gran Egipto del pecado. Somos prisioneros llevados a los campos de la muerte. Nuestros días están contados, y no tenemos esperanza de eternidad sin él. Clame por liberación. Clame por su redención. Dios quiere darle hoy el perdón y la paz que solo él puede ofrecer. No lo deje para después. Abra su corazón a Jesús ahora y permita que él sea el Señor y Salvador de su vida.



Para más materiales y video del día, visite el enlace:

adv.st/semanasanta-estudiodiario

5° día | Miércoles



UN NUEVO COMIENZO

Introducción

Recomenzar exige valentía. El comienzo lleva en sí un entusiasmo por lo que sucederá, tiene el brillo y la frescura de la mañana, mientras que el recomienzo ocurre a partir de algo que se perdió. Exige volver a creer, levantarse del suelo cuando ya no es tan joven. No es natural recomenzar. Se necesita buscar fuerzas para seguir de nuevo adelante. ¿Usted está intentando recomenzar en alguna área de su vida? Tal vez necesite recomenzar ante el final de una relación, de un cambio de carrera, de la lucha por la supervivencia, de una caída espiritual, de la pérdida de un ser querido, de un diagnóstico médico. Todos necesitamos recomenzar espiritualmente.

Recomenzar exige coraje. La palabra “coraje” viene del latín *coraticum*. *Coraticum* es la unión de dos palabras: *cor*, que en ese caso significa “corazón” y *actium*, “acción”. Es la acción que viene a partir del corazón, la capacidad de enfrentar un desafío externo con una motivación interna. Y eso es más hermoso cuando Dios trabaja dentro de nosotros para enfrentar los desafíos. ¿No es maravilloso? El coraje es la habilidad de enfrentar los miedos, el peligro, la inseguridad. Es tener audacia, intrepidez, fe y confianza.

En la trama del gran conflicto entre el bien y el mal, desgraciadamente, el pecado encontró lugar en este mundo y en nuestro corazón. Todo lo que era perfecto y hermoso se marchitó. Surgieron las enfermedades, la muerte, la maldad, las peleas y las guerras. Hasta la historia del pueblo de Dios está marcada por muchas caídas y decepciones. Pero Dios no desistió de nosotros. Él no perdió la paciencia a lo largo del proceso, así como no desiste de usted ni de mí hoy.

Dios trajo un nuevo comienzo al enviarnos a Jesucristo. El impacto de la venida de Cristo fue tan grande que puso en cero la historia. La cuenta de los años volvió a comenzar. Fue una nueva oportunidad para el mundo. Hoy reflexionaremos sobre la encarnación de Cristo, su primera venida al mundo, que definitivamente hizo dar vuelta el juego del gran conflicto. Reflexionemos sobre el Bebé en el pesebre.

Textos: Juan 1:1-3, 14; Luc. 2:7

I. El pesebre reveló quién es Dios

En los tiempos bíblicos, el pesebre era un tronco hueco donde los animales tomaban agua y donde se ponía el forraje para alimentarlos. Incluso hoy, el pesebre es “una especie de cajón destinado a la comida de las bestias” (Diccionario de la Real Academia Española). La Biblia habla mucho más de la cruz que del pesebre. Sí, es la muerte de Cristo en la cruz lo que nos salva. Pero es importante recordar que sin el pesebre no habría cruz. Conocemos el pesebre de la escena en las plazas, teatros y películas. ¿Pero será que conocemos el pesebre de Cristo?

Pensar en un pesebre es algo extremadamente desafiante, pues es una historia demasiado sencilla y escasa de detalles. Solo Mateo y Lucas hablan del nacimiento de Jesús, y el pesebre solo lo menciona

Lucas. La segunda razón por la que es difícil hablar del pesebre es por ser una escena infinitamente profunda sobre Dios; porque, por un lado, él se restringió, pero por otro se manifestó en carne para salvarnos. “La historia de Belén es un tema inagotable” (Elena de White, *El Deseado de todas las gentes*, p. 32).

El pesebre revela quién es Dios. El Señor tiene una apariencia gloriosa. Algunos profetas tuvieron visiones sobre la apariencia de Dios. Juan describe a Jesús en el cielo con ojos como llamas de fuego, y su rostro brillaba como el sol cuando resplandece en su fuerza (Apoc. 1:14-16). Después de esa visión, el apóstol cayó al suelo, pero Jesús lo animó (v. 17). Dios el Padre también se manifestó con gloria y majestad, en su trono (Isa. 6).

El comienzo del evangelio de Juan, conocido como prólogo (o introducción), tiene un foco teológico y presenta la divinidad de Jesús. Señala no solo el futuro, lo que Cristo haría, sino el pasado, lo que hizo y quién es (J. Martin C. Scott, “John”, en *Eerdmans Commentary on the Bible*, ed. James D. G. Dunn y John W. Rogerson, 2003, p. 1162). A Jesús se lo llama Verbo o Palabra de Dios (Juan 1:1), “Él dijo, y fue hecho”, “mandó, y existió” (Sal. 33:9). “Sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho” (Juan 1:3). “Todo fue creado por medio de Él y para Él, y todas las cosas en Él subsisten” (Col. 1:13-17). “Por la fe entendemos haber sido constituido el universo por la palabra de Dios” (Heb. 11:1-3).

En Juan 1:14, el original podría decir, “Y aquel Verbo fue hecho carne y habitó entre nosotros”. El término usado para “habitó” significa “habitar en una tienda”, “acampar”. También se menciona en el libro de Apocalipsis, cuando el apóstol Juan dice que Dios morará (hará su tienda) entre su pueblo (Apoc. 21:3) y extenderá su tabernáculo sobre sus hijos en medio de las persecuciones (Apoc. 7:15), o sea cuidará de ellos.

Juan 1:14 es el clímax del prólogo (o de la introducción) de ese evangelio. En ese versículo, “la Palabra, el Agente de la creación, se

hizo criatura. El que trajo el Universo a la existencia nació dentro del Universo como un ser humano” (Rodney A. Whitacre, John, *The IVP New Testament Commentary Series*, 1999, v 4, p. 58).

Como se dice en una oración de las iglesias cristianas orientales, “vemos oradores más elocuentes sin voz como peces cuando deben hablar de ti, oh, Jesús nuestro Salvador. Porque está más allá del poder decir como tú eres hombre perfecto y Dios inmutable al mismo tiempo” (Whitacre, John, p. 58).

Si en Juan 1:1, el apóstol afirmó la divinidad de Jesús, en el v. 14, afirmó su humanidad. “Cristo es divino en el sentido absoluto y supremo de la palabra. También es humano en el mismo sentido, con la excepción de que ‘no conoció pecado’ (2 Cor. 5:21)” (Francis D. Nichol [org], *Comentario Bíblico Adventista del Séptimo Día*, t. 5, p. 879). “En él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad” (Col. 2:9). Él es 100% Dios y 100% hombre, nacido, pero sin origen. Él no tiene vida, él es vida (Juan 11:25; 14:6).

Jesús se hizo humano para estar cerca de nosotros. Nos gusta estar cerca de quien amamos. No es posible amar y no querer estar cerca. Así, por amarnos mucho, Jesús, en armonía con el Padre y el Espíritu, decidió encarnarse, humanizarse para estar cerca de nosotros. No es casualidad que uno de los títulos de Cristo sea Emanuel, “Dios con nosotros” (Mat. 1:23; Isa. 9:6).

Al hacerse humano, Jesús se acercó a nosotros más que nunca. Vino a conocer nuestras luchas y dolores. Experimentó las necesidades por las cuales pasamos. Al mismo tiempo, nos reveló la gloria de Dios. Los apóstoles vieron “su gloria, gloria como del unigénito del Padre” (Juan 1:14). Y, como una muestra de quién es, Jesús se transfiguró delante de Pedro, Santiago y Juan (Luc. 9:28-36). En el evangelio de Juan, “gloria” también tiene que ver con los milagros de Jesús, su ministerio y su pasión (Scott, p. 1162). Como Hijo de Dios, manifestó la honra, el brillo y el esplendor de Dios Padre.

Cristo dijo: “El que me ha visto a mí, ha visto al Padre” (Juan 14:9). Al hablar así, aun en la condición humana, nos enseñó a admirar y a amar a Dios por lo que es, no por el poder que tiene. Eso también nos da la condición de amarlo plenamente. Al final, solo podemos amar a alguien que conocemos. Nuestra relación con Dios no debe quedarse solo entre pedir y agradecer, oraciones y milagros. Debe evolucionar a una relación viva, en un caminar con Dios, en “abrirle el corazón como a un amigo” (Elena de White, El camino a Cristo, p. 93).

Cristo es una fuente inagotable de buenas noticias. Es muchos evangelios en uno solo. Al contemplarlo, recordamos que Dios es poderoso, y también es amoroso. Y tuvo el coraje de enfrentar todo por nosotros para darnos un nuevo comienzo.

II. El pesebre revela quiénes somos nosotros

El pesebre y la encarnación no ocurrieron solo para exponer una buena foto en las “redes sociales” del Universo. No fue solo una idea de marketing cósmico. Fue algo auténtico: reveló la humildad divina, el corazón de Dios. Sin embargo, la encarnación de Cristo también revela quiénes somos. En primer lugar, muestra nuestra culpa. Fue por nuestra culpa que Cristo tuvo que descender al lodazal del pecado. Fue una infinita humillación para Jesús asumir nuestra naturaleza humana. Y él lo hizo porque nos equivocamos. Él vino a asumir nuestra deuda impagable.

Al mismo tiempo, la encarnación revela nuestra condición carnal. Deseamos las obras de la carne, “adulterio, fornicación, inmudicia, lascivia, idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías, envidias, homicidios, borracheras, orgías” (Gál. 5:19-21). Así, al comparar nuestras acciones y nuestros pensamientos con la vida y los pensamientos de Cristo, estamos constreñidos, avergonzados de nosotros mismos (2 Cor. 5:14). Siendo Rey, se agachaba para jugar con los niños. Amaba a

los pobres y a los ricos, a los enfermos, a las personas con deficiencias, a los doctores, a los pecadores y hasta a los corruptos y odiados publicanos. No se exaltaba ni humillaba a otros. Era manso y firme. Su personalidad era perfecta. Con su pureza lograba unir a personas de grupos muy diferentes en torno de la misión de salvar a las personas para el reino de Dios.

Más allá de revelar cosas negativas sobre nosotros, la encarnación de Jesús revela nuestro valor delante de Dios. Jesús nació aquí para salvarnos. Él nos amó hasta el fin (Juan 13:1). Dio todo lo que tenía, su gloria, la adoración de los ángeles, su dignidad, para que la carne que él había asumido fuera humillada, herida y muerta en nuestro favor.

De algo podemos estar seguros: no podemos ser neutros delante de Jesús. Solo es posible tener dos reacciones. La primera es recibirlo como Señor y adorarlo. Los pastores visitaron a Jesús en el pesebre (Luc. 2:15, 16). Los magos lo encontraron en una casa y lo adoraron (Mat. 2:11). Otros recibieron el aviso, pero respondieron con indiferencia y hasta con violencia contra los bebés de Belén (Mat. 2:16-18). El pesebre despierta en nosotros una respuesta. Podemos amar a Jesús por su humildad o rechazarlo por su humildad. Podemos amarlo por su pureza o rechazarlo por su pureza. Todo depende de una decisión. Por muy diferentes que seamos de Jesús, el mayor y más sublime propósito de nuestra vida debe ser caminar con él, aprender de él, ser como él por la convivencia, al contemplarlo todos los días.

III. El pesebre revela como Dios nos salva

Cristo nos salva sin ayuda humana. El nacimiento de Jesús fue una obra divina. Fue concebido por el poder del Espíritu Santo. La ida de José y María a Belén, los magos guiados por una estrella, el coro de ángeles, fueron acciones de Dios. El lujo y la apariencia humana no podrían compartir espacio con la gloria de Dios en

ese nacimiento. Eso encierra una gran lección: “Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe” (Efe. 2:8, 9).

Cristo nos salva con una donación. “Donar” es el verbo preferido de Dios. En la naturaleza y en el Universo, todo fue hecho para servir, para donar algo. Ese es un elemento esencial del carácter divino. Dios amó tanto al mundo que dio a su Hijo (Juan 3:16). En medio de una guerra sangrienta, fue puesto en una cuna en nombre de la paz en la Tierra (Luc. 2:14).

Cristo salva por el sacrificio. Un bebé acostado en un lugar donde comen los animales no es una escena muy agradable. No es en un lugar como ese donde solemos poner nuestros bebés. Jesús fue puesto allí porque no había otro lugar para su familia. Él nació en un lugar completamente impropio. Desde antes de nacer, Cristo enfrentó la resistencia de los pecadores (Heb. 12:3). La escena no común del pesebre señalaba la escena impensable del Calvario. El nacimiento de Cristo ocurrió en “el cumplimiento del tiempo” (Gál. 4:4), y su muerte, en la “hora” para la cual vino (Juan 12:27). Varias veces intentaron anticipar su muerte, aun en sus primeros días de vida. Pero nadie podría quitarla así (Juan 10:18). El pesebre fue el primer paso para el Calvario. Cristo tendría que padecer, no un sufrimiento que salva, sino un sacrificio que exige sufrimiento.

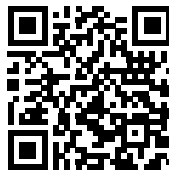
Cristo nos salva por la expiación. Desde el comienzo de su vida, Jesús cambió lo que tenía por nosotros. Entró en nuestro establo de la Tierra para que entremos en su palacio en el Cielo. Asumió nuestra humanidad para que, por su divinidad, alcancemos el abrazo del Padre. Él se hizo pobre para que seamos ricos (2 Cor. 8:9). Derramó su sangre para retener la nuestra. Sangró vida eterna para librarnos de la muerte eterna.

Cristo salva elevando la creación. Antes del pecado, el Universo no sabía lo que Dios era capaz de hacer. Nadie imaginaba que él sería capaz de deshacerse de todo y mostrarse cómo es. Nadie imaginaba que el Hijo de Dios nacería en un recinto para ani-

males. Quedó claro que Dios es puro amor y humildad. Los seres del Universo siempre tendrán la plena seguridad del amor divino. Además, el recomienzo será mayor que la caída, porque el ser humano será puesto en una posición mayor de la que tenía. En la creación, Dios hizo al ser humano a su imagen; en la redención, Dios “nació” a nuestra imagen. Nuestra raza fue elevada con la participación de Jesús. La Tierra, el escenario del pesebre, será el centro del gobierno del Universo. El ser humano, la Tierra y el universo nacieron de nuevo en ese pesebre.

Llamado

Es hora de recomenzar. El nacimiento de Jesús fue el gran recomienzo de la humanidad, pero Dios lo llama a usted hoy a renacer. Al contemplar el amor y el espíritu de sacrificio de Cristo, abra su corazón, y permita que él sea el Señor de su vida. Aunque su corazón sea impropio como un establo para la presencia de Jesús, permita que él nazca en usted. Caminando con Cristo, su vida será una bendición.



Para más materiales y video del día, visite el enlace:

adv.st/semanasanta-estudiodiario

6° día | Jueves



VICTORIA EN LA CRUZ

Juan 19:17, 18

Introducción

La imagen de la cruz despierta las más diversas reacciones. Las cruces están estampadas en la bandera de algunos países y en camisetas. Las cruces abundan en los paisajes tristes de los cementerios y nos recuerdan las peores persecuciones religiosas. Las cruces se destacan en obras de arte y figuran en las marcas de automóviles. Al pensar en Jesús y su muerte, surge la imagen tan común de la cruz, pero nunca transmitió un mensaje entendido de la misma manera por todos, por lo menos, por la mayoría. Todavía hoy es así. En la cultura popular, la cruz se transformó en un símbolo de muerte y terror. Si se piensa solo en el símbolo, la cruz siempre despertó acusaciones filosóficas de locura y escándalo, aclamaciones religiosas de gratitud y alabanza. Y finalmente, ¿cómo un instrumento de tortura puede transformarse en victoria y salvación?

La cruz fue el punto culminante y decisivo del gran conflicto entre el bien y el mal. Fue la prueba definitiva por la cual Jesús tendría que pasar en favor de la raza humana. Si él fallaba en el último segundo, todo quedaría perdido para siempre. Aunque poseía todo

el poder en el Cielo y en la Tierra, Jesús tenía que soportar todo el dolor del Calvario para cumplir su misión.

El precio de nuestra redención exigía solo el derramamiento de la sangre de Cristo para la remisión de pecados. Pero el camino que él transitó no fue solo el de la muerte, sino de indescriptible dolor, de una angustia sin medida. Usada por los pueblos antiguos, la cruz era un instrumento preparado para causar la muerte más dolorosa, lenta, cruel y vergonzosa posible. Estaba reservada solo para los peores criminales. Para Cícero, orador romano que vivió entre 106 y 43 a.C., crucificar a un ciudadano romano “es crimen, azotarlo es abominación [...] crucificarlo ¿qué es? No hay palabras que puedan describir un acto tan horrible” (Against Verres, II. V. 64, parágrafo 165, citado por John Stott, *A Cruz de Cristo*, p. 18).

Frederick T. Zugibe, médico de la justicia e investigador criminal, se dedicó a estudiar los efectos anatómicos de la crucifixión sobre el cuerpo de Jesús. Después de décadas de investigaciones y experiencias científicas, su libro de 456 páginas da una idea más clara de la brutalidad que representó la crucifixión. Era un método de tortura común desde el siglo 6 a.C. Entre los romanos, era un castigo común para los enemigos del imperio y para los ciudadanos traidores.

Cerca de 500 judíos fueron crucificados por día durante el cerco de Jerusalén en torno al año 70 d.C. Faltaron espacio y árboles para hacer más cruces (Simon Sebag Montefiore, *Jerusalem: The Biography*, 2011, p. 3, 4, 7, 8). Los soldados solían clavar “a las víctimas en diferentes posiciones por mera diversión”. El filósofo romano Séneca afirmó: “Algunas tienen a sus víctimas con la cabeza golpeando el suelo. Otras clavan sus partes íntimas y a otras mantienen los brazos del condenado estirados en el patibulum [la parte horizontal]” (Zugibe, *A Crucificação de Jesus*, p. 71, 72).

Generalmente, un grupo de cinco soldados realizaba el trabajo de forma profesional. O El exactor mortis (“conductor de la muerte”)

lideraba un grupo que escoltaba al prisionero hasta el lugar de la ejecución, generalmente cerca de tumbas y fosas. Él tenía que asegurarse de que el condenado no muriera antes de la hora. Por eso, cuando Jesús cayó bajo el peso del patibulum (la parte horizontal y móvil de la cruz), Simón de Cirene fue obligado por el soldado a llevar la cruz. Después de una noche de juicio ilegal, maltratos y humillaciones, Jesús fue azotado con el látigo (flagrum) romano, que tenía puntas de metal y huesos, lo que provocaba surcos en los músculos de la espalda y afectaba así los huesos y órganos internos.

Según Zugibe, Cristo ya había perdido mucha sangre y se deshidrató rápidamente bajo el sol fuerte. “El agotamiento estuvo acompañado de falta de aire, por el fluido pleural que estaba acumulándose lentamente en sus pulmones”. Un dolor extremo “de la neuralgia del nervio trigémino se irradiaba por su rostro y cuero cabelludo cada vez que tropezaba y caía, y sufrió fuertes dolores en todos sus músculos y articulaciones”. Al llegar al lugar de la crucifixión, los soldados echaron suertes y le arrancaron con fuerza la túnica pegada a las heridas de su cuerpo “causando brotes de dolor por el cuerpo de Jesús” (Zugibe, *A Crucificação de Jesus*, p. 68, 69).

En general, las cruces tenían solo dos metros de altura, para facilitar poner y sacar los cuerpos de los prisioneros. Las cruces más altas las reservaban a los criminales especiales. Utilizaban clavos herrumbrados de cerca de doce centímetros. Los pies no tenían un apoyo, como algunas pinturas lo describen. Ponían los clavos en el empeine, bien cerca del palo de la cruz, y las rodillas permanecían todo el tiempo flexionadas, dejando a la víctima en una condición de continuo esfuerzo y fatiga muscular, intentando equilibrarse, respirar y controlar el dolor de los clavos en las manos y pies.

Normalmente, los condenados eran colgados sobre la cruz sin ropa, expuestos a la más degradante humillación pública. Los clavos provocaban un dolor extremo, al lesionar tejidos sensibles. Bastaba una suave brisa, la luz del sol o cualquier movimiento

para causar “dolores de quemazón continuos y lacerantes”, según Zugibe. “Después de un corto período en la cruz, los fuertes calambres, el adormecimiento y el enfriamiento de la pantorrilla y de los muslos, causado por la compresión debida a la flexión de las rodillas, habrían forzado a Jesús a arquear su cuerpo [poniendo la barriga hacia delante y el cuello hacia atrás], en un intento de estirar las piernas” (Zugibe, *A Crucificação de Jesus*, p. 127).

Estas pinceladas del dolor revelan que tenemos solo una idea vaga del sufrimiento de Jesús. Para una generación acostumbrada a la comodidad y los placeres, un dolor así está más allá de la imaginación. Pero el sacrificio de Cristo no solo involucraba un dolor cortante físico, sino un dolor espiritual.

I. Jesús se hizo maldición para salvarnos

En la mentalidad bíblica, si alguien moría colgado en un madero, era porque había sido maldecido por Dios. Los condenados a muerte colgados en el madero no debían permanecer suspendidos hasta la puesta del sol, porque mantenerlos contaminaría la tierra (Deut. 21:23). “Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición” (Gál 3:13). “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en Él” (2 Cor.5:21). En la cruz Jesús no sufrió por las maldiciones, fue hecho maldición. No murió como pecador, sino como pecado.

Los pecados de toda la vida de todos los seres humanos de todas las épocas fueron colocados sobre Cristo. En ese proceso, el Padre, con quien Jesús tenía una profunda unidad desde la eternidad, tuvo que apartarse. Eso provocó una angustia infinita en Jesús. Eso lo llevó a clamar: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” (Mat. 27:46). Una oscuridad sobrenatural envolvía el cuerpo de Jesús, ocultando la presencia de Dios y de los ángeles,

pero Jesús no la podía sentir. Él estaba bebiendo solo la copa de su ira contra los pecados del mundo, una copa que pidió al Padre que le sea quitada (Mat. 26:39). A Isaac, el hijo de Abraham le fue quitada, pero a Jesús el Hijo de Dios no.

Jesús se identificó con el pecado a tal punto que imaginó que el Padre lo estaba rechazando para siempre. “Al sentir el Salvador que de él se retraía el semblante divino en esta hora de suprema angustia, atravesó su corazón un pesar que nunca podrá comprender plenamente el hombre. Tan grande fue esa agonía que apenas le dejaba sentir el dolor físico. [...] El Salvador no podía ver a través de los portales de la tumba. [...] Temía que el pecado fuese tan ofensivo para Dios que su separación resultase eterna. [...] El sentido del pecado, que atraía la ira del Padre sobre Él como sustituto del hombre, fue lo que hizo tan amarga la copa que bebía el Hijo de Dios y quebró su corazón” (El Deseado de todas las gentes, p. 701). Aunque no vio una puerta de salida, no desistió y lo hizo por nosotros.

“Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Juan 3:14, 15). Cuando los israelitas peregrinaban en el desierto, murmuraron, y por eso fueron mordidos por serpientes venenosas. Dios ordenó que Moisés colgara una serpiente de bronce para que la gente simplemente mirara y fuera salva por el acto de contemplarla (Núm. 21:4-9). De la misma forma, basta mirar por la fe al hombre clavado en la cruz, maldecido, hecho pecado, para obtener la salvación. Basta confiar en el sacrificio que él realizó.

En el camino hasta el Calvario, Jesús sufrió el ataque mortal de la serpiente, Satanás. Fue herido por el enemigo, que lo hizo sufrir al máximo para que desistiera de salvarnos. Por otro lado, por primera vez Satanás lo tuvo en sus manos. Como un pecador, no pudo contener su deseo incontrolable de torturarlo y matarlo, por más

que eso lo perjudicaba también a él. El pecado es así: siempre lleva a la autodestrucción por más ilógico que parezca.

La promesa que Dios hizo a Adán y Eva en el Edén (Gén. 3:15) se estaba cumpliendo. Ellos descubrieron el mal en un árbol. En un pedazo de árbol, Jesús entregaba su vida. Si, en el paraíso, la serpiente habló desde un árbol, lo que trajo destrucción, el acto salvador de Cristo de lo alto del madero trajo redención. En Romanos 5, el apóstol Pablo presenta a Cristo como el segundo Adán, que acertó donde el primero falló. Por un hombre, Adán, el pecado entró en el mundo, y el pecado “pasó a todos los hombres” (v. 12). De la misma forma, “por un hombre”, “la gracia y el don de Dios” abundó (v. 15). “Cuando el pecado abundó, sobrea-bundó la gracia” (v.20).

No podemos ser indiferentes ante tan inmenso amor por nosotros. No podemos pensar que ese sacrificio tan poderoso no pueda cubrir nuestros pecados por peores que sean. Debemos lanzar nuestra fe en el Hombre que fue colgado sobre el madero, el Cristo crucificado, y recibir de él vida y salvación. Su sangre es capaz de perdonar pecados, transformar el carácter, renovar la familia, hacernos personas mejores y más felices. Por medio de su gracia, podemos encontrar un nuevo motivo para existir.

II. Jesús satisface la justicia divina

La cruz también revela la enormidad y la malignidad del pecado. Una de las mejores definiciones de pecado es la dada por el apóstol Juan: “Pecado es transgresión de la ley” (1 Juan 3:4). La ley de Dios deriva de su carácter y es un principio tan eterno como el ser de Dios (es ontológica). La conexión de Dios con la ley es de identidad, es la expresión de su ser moral (John Stott, *A Cruz de Cristo*, p. 106). Si Dios es amor (1 Juan 4:8), la ley se resume en el amor (Mat. 22:37-39), porque ella deriva del carácter divino. Al pecar, trans-

gredimos la eterna ley divina, y generamos una culpa tan eterna como el carácter de Dios que origina esa ley.

Por eso, ningún ángel, por más exaltado que sea, podría morir por nosotros. Los ángeles no son divinos ni eternos. Su vida no sería suficiente para pagar un precio eterno. Cristo es diferente. Él es vida (Juan 11:25; 14:6). Así, la Deidad no envió a un ser creado para morir por nuestros pecados. Dios no tercerizó su obra de la redención. Él se dio a sí mismo en Cristo. De cierta forma, “Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo” (2 Cor. 5:19). En Cristo, Dios se pagó a sí mismo el precio eterno del rescate.

Como afirmó Anselmo de Canterbury hace casi mil años, “No hay nadie... que puede dar satisfacción sino Dios... Pero nadie debe hacerlo sino el hombre” (John Stott, *A Cruz de Cristo*, 1991, p. 107). Jesús es divino y humano. En esa condición única, derramó su sangre eterna para pagar como hombre el precio de nuestra redención. La salvación solo viene de él. No está en las manos de ningún ser humano, iglesia, religión, espíritu, magia, pastor, padre, gurú, filosofía o ideología política proveer la salvación. Ninguna construcción humana puede salvar. La salvación viene únicamente de Cristo, y solo podemos recibirla por medio de la fe en él.

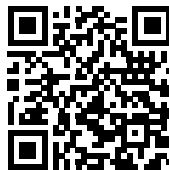
“En su humillación, Cristo fue glorificado. El que ante otros ojos parecía vencido, era el Vencedor. Fue reconocido como Expiador del pecado. Los hombres pueden ejercer poder sobre su cuerpo humano. Pueden herir sus santas sienes con la corona de espinas. Pueden despojarle de su vestidura y disputársela en el reparto. Pero no pueden quitarle su poder de perdonar pecados. [...] Es su derecho real salvar hasta lo sumo a todos los que por Él se allegan a Dios” (Elena de White, *El Deseado de todas las gentes*, p. 699, la letra itálica fue agregada).

La cruz fue la pieza con la cual Jesús arregló el mundo roto por el pecado. Pero, no fue algo fácil para él. Cristo sufrió al sonido de las

burlas y los desafíos para que descendiera de la cruz y se salvara. Fue escupido, despojado, azotado y torturado. Él podría haber puesto fin a todo eso en cualquier momento y revertir la escena, con justicia. Pero no desistió sino que resistió pacientemente hasta el último espasmo de la musculatura, hasta la última gota de sangre, hasta el último suspiro doloroso. Consciente del cumplimiento de su misión, clamó: “Consumado es” (Juan 19:30). ¡Él venció!

Llamado

Jesús no desistió de usted. Todo lo hizo por usted. ¿Cuál será su respuesta a ese gran sacrificio? Hoy Cristo lo llama. No lo deje para mañana. Abraza ahora al Salvador y no lo abandone nunca más.



Para más materiales y video del día, visite el enlace:

adv.st/semanasanta-estudiodiario

7º día | Viernes



CONSOLIDADOS POR LA PALABRA

Introducción

El corazón de millones de aficionados de todo el mundo chocó a 216 km por hora contra el muro de la curva Tamburello, en el Gran Premio de San Marino de la Fórmula 1, el 1º de mayo de 1994. Interminables dos minutos y medio después llegaban los paramédicos para atender al tricampeón Ayrton Senna. Las imágenes aéreas no podían expresar la gravedad de las lesiones. Después de algunos momentos críticos de atención en la pista, un helicóptero lo llevó todavía con vida al Hospital Maggiore, a 15 minutos de allí, en Bolonia. Senna fue atendido en coma profundo, con múltiples fracturas en el cráneo y una perforación gravísima en el temporal.

Treinta y siete minutos después, la carrera recomenzó, y los autos pasaron 54 veces al lado de la enorme mancha de sangre, en un evento infame que, por varios motivos legales no debería haber continuado. El viernes, Rubens Barrichello voló a 300 km por hora hacia la muerte, pero sobrevivió. Al día siguiente, el piloto austríaco Roland Ratzenberger perdió el control del auto y chocó fatalmente contra un muro. Ese día, Senna interrumpió su participación en los entrenamientos de calificación y demostró gran preocupación por la seguridad de los pilotos. Pero fue en vano. Nada interrumpió la marcha siniestra hacia su día fatal.

A las 13:40 del domingo, horario de Brasilia, el periodista Roberto Cabrini anunciaba en tono pausado y grave la muerte cerebral de Ayrton Senna. En São Paulo, la ciudad natal de Senna, una tarde fría y nublada parecía enmarcar la profunda tristeza y el luto de toda una nación. Senna tenía el cariño de personas de todo el mundo. El pentacampeón y amigo personal del piloto, Juan Manuel Fangio, se descompuso. En Japón, Senna era visto casi como un samurái, y el equipo de narración de la TV japonesa anunció su muerte con llantos.

En Brasil, la noticia causó fuerte conmoción. Las calles quedaron desiertas. El gobierno declaró luto oficial de tres días, y el piloto recibió honores como los de un jefe de Estado. El avión que transportaba su cuerpo recibió una escolta de aviones caza. En el suelo, el cortejo desde el aeropuerto al lugar del velorio estuvo escoltado por más de un millón de personas que inundaron las calles. Se aglomeraban en las veredas, en los edificios y puentes, y hasta se vio gente colgada en los postes de iluminación. Algunas se quedaban paradas lejos, atónitas o con las manos en el rostro y con lágrimas.

El rostro de Senna nunca más se vio después del accidente, que ocurrió cuando tenía 34 años. Quedaron los recuerdos de las victorias épicas, del amor a la patria, de su carisma, del genio en el pilotaje y de los valores espirituales y humanos. Quedó el casco amarillo que crecía en el retrovisor de los pilotos. Ayrton era un lector de la Biblia, solía orar y tenía fe en Dios; lo que dejó una marca en su tumba donde está escrita una frase de Romanos 8:38: “Nada me podrá separar del amor de Dios”.

Una pérdida de esa magnitud nos ayuda a tener una idea de lo que significa un luto colectivo. En otro domingo gris, miles de personas lamentaban en sus casas la muerte de un gran Héroe. Él había reanimado las esperanzas de redención del pueblo. Había realizado curaciones inimaginables y roto la barrera de la muerte

al resucitar una persona. Pero entonces, sorprendentemente, murió. En Lucas 24:13 al 27, dos discípulos, uno de ellos llamado Cleofas (v. 18), que iban de Jerusalén a Emaús, conversaban sobre lo ocurrido y lamentaban la muerte de Jesús (v. 21).

Fue entonces cuando un extraño se acercó y comenzó a conversar con ellos. Era Jesús mismo resucitado, pero no lo reconocieron. Cristo comenzó a hablar de las profecías bíblicas sobre el sufrimiento del Mesías y su resurrección. La resurrección definiría en gran parte el testimonio de los primeros cristianos. Pero, debían fundamentar su fe en la Biblia. Hoy reflexionaremos sobre esos dos puntos.

I. No dude del poder de Dios

Cleofas y el otro discípulo habían oído hablar de los relatos de la resurrección de Jesús, pero no creían en ellos. Sabían que las mujeres habían ido al sepulcro y que vieron ángeles (v. 22, 23). Pero dudaron. No podría ser verdad. Por eso ellos no se quedaron en Jerusalén para confirmarlo. Para ellos, todo había terminado.

¿Notó cuántas veces somos incrédulos y tenemos dificultad para creer? Muchos cristianos no creen en cualquier cosa diferente de lo “normal”. ¿Cuántas veces desconfiamos de los relatos maravillosos y no creemos en la actuación de Dios! No creemos que él hace milagros, que él realiza maravillas.

Es cierto que hoy la señal de la iglesia verdadera no son los milagros y maravillas, sino la verdad basada en la Palabra de Dios, pero la iglesia verdadera también tiene milagros que dan testimonio del poder de Dios. Aun así, muchos no creen, no valoran esas cosas y tienen miedo de reconocer la mano de Dios en ciertas situaciones. ¿Notó los milagros de Dios en su vida? ¿Ha visto que el mismo Dios del pasado actúa hoy? (Heb. 13:8).

II. Jesús anhela consolar a sus hijos

Los dos discípulos estaban tristes, confundidos y frustrados. No era una tristeza común. Era profunda. Alguien que representaba mucho para ellos había muerto. Era un Héroe en quien habían depositado todas sus esperanzas. En ciertos momentos de la vida, la tristeza nos alcanza. Y su tamaño puede medirse en cómo altera nuestras vidas. La muerte de Jesús significaba una pérdida muy grande, pues él no era solo un héroe amado por sus realizaciones, sino por lo que representaba para la esperanza de Israel (v. 21). Ellos creían que Jesús libraría la nación de quienes los dominaban.

Estaban seguros de que Jesús era el Mesías prometido, pero su corazón fue doblemente herido, pues tuvieron: (1) Una decepción con los líderes de la nación judía. Fueron los “principales sacerdotes” y las “autoridades” los que habían condenado a Jesús a muerte, a pesar de que él había sido “poderoso en obras y palabras” (v. 19). (2) Una decepción con Jesús mismo. Aunque habían expresado que Jesús fue víctima de la condenación de la nación, en cierta forma entendían que Jesús se había sometido a la prisión. Para ellos, Jesús tenía un poder sobrehumano que podría haber usado para librarse de los que lo prendieron. Con su inteligencia fuera de lo común, podría haberse librado del juicio solo con algunas palabras. ¿Pero qué sucedió? Jesús no dijo nada. No se defendió. A los que acompañaron el juicio, les parecía que él desistió de vivir. ¿Era esa una señal de debilidad? ¿Jesús había sido un impostor? ¡No podía ser!

Toda esa situación los frustraba profundamente. La pérdida era demasiado grande para soportar. ¿Se ha sentido usted decepcionado con Dios? ¿Ha orado y buscado tanto una respuesta o una bendición que no vino? ¿Oró tanto por una persona enferma, pero finalmente esta falleció? ¿Ha pasado por situaciones en las que Dios podría haber actuado, pero eligió claramente no hacerlo?

En nuestro caminar cristiano, muchas veces pasamos por situaciones así, cuando Dios parece no responder a nuestras expectativas. Pero generalmente, cuando Dios no responde de la manera que nosotros esperábamos, es porque él tiene algo mucho mejor para darnos (Isa. 55:9). Existen cosas que no entendemos, y por eso necesitamos confiar en Dios.

Jesús ansiaba consolarlos. Él podría haber esperado un poco, algunos días o meses para que reflexionaran. Sin embargo, en el primer día de la semana, Cristo salió para consolar a sus discípulos. Él no soportaba esperar para aliviar sus sufrimientos. Generalmente, pensamos que Dios solo actúa a su tiempo, que siempre es mayor que el nuestro. Sin embargo, aunque Dios tenga su manera de ver el tiempo, muchas veces no duda en ayudarnos. Él responde nuestras lágrimas. La gran cuestión no es si Dios responde, sino si nosotros estamos abiertos para oír su respuesta.

Es curioso pensar que los discípulos de Cristo estaban sufriendo innecesariamente. En varias ocasiones, Jesús había avisado que era necesario que padeciera en las manos de los pecadores, que sería crucificado y resucitaría al tercer día. Hasta los fariseos lo recordaban (Mat. 27:63). Dios nunca deja a su pueblo en la oscuridad. Siempre guía a su pueblo por medio de profecías, para que no seamos sorprendidos ni engañados y para confirmar nuestra fe. “Porque no hará nada Jehová el Señor, sin que rebele su secreto a sus siervos los profetas” (Amós 3:7).

Muchos hoy están confundidos respecto de Dios, de Jesús, del mundo, de la muerte, de la salvación, etc. Muchos preguntan: “¿Cómo podré, [entender] si alguno no me enseñare? (Hech. 8:31). Dios cuenta con nosotros para liberar a las personas que no conocen la Palabra de Dios. Necesitamos manifestar la misma compasión de Jesús por esas personas, como él lo hizo.

¿Cómo, pues, invocarán a aquel en el cual no han creído? ¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin

haber quien les predique?” (Rom. 10:14). No podemos guardarnos para nosotros las buenas nuevas de la salvación en Jesús. Muchas personas están prisioneras en la oscuridad del pecado. Necesitamos librarlas con el poder de la verdad. Todo lo que usted oyó aquí y aprendió en la Palabra de Dios deber compartirlo con otras personas.

III. Los que buscan encuentran

Aunque no estaban confundidos, los dos discípulos intentaban entender el plan de Dios. Ellos creían que Jesús era profeta. Tal vez, también creyeron que Jesús sería el Mesías, pero estaban tristes porque lo vieron morir. A pesar de no entender lo que había sucedido, hablaban sobre eso y no abandonaron su fe en Cristo. Entendieron que todo lo que habían vivido con Jesús había sido verdadero. Por eso, conversaban sobre los hechos para ver si encontraban alguna luz.

Aunque estaban temporariamente ciegos, eran hijos de Dios. Dios no rechaza a sus hijos porque no entienden sus planes. El amor de Dios no disminuye a pesar de la corta memoria y de la pequeñez de nuestra fe. Él es como un profesor paciente que se empeña por sus alumnos. Es como un pastor de iglesia que lucha por sus ovejas más débiles y obstinadas.

IV. La Palara de Dios es la base de nuestra fe

En una situación semejante, Jesús se reveló a María Magdalena (Juan 20:1-16), pero no se reveló en seguida a sus discípulos en el camino a Emaús. Porque él quería afirmarlos en la Palabra de Dios. Primero, porque a pesar de estar tristes, la causa de su tristeza era la frustración de una gran expectativa. Ellos entendían que el Mesías vendría de una forma, pero vino de otra. Eso exigía

no solo un mero consuelo, sino un cambio en la comprensión de la Biblia.

Jesús había resucitado, esa era una realidad. Sin embargo, debían evaluarlo con la Palabra de Dios. Jesús enseñó que la iglesia evalúe todo a la luz de la Palabra de Dios. Muchos que hoy hacen milagros en nombre de Cristo serán rechazados por él (Mat. 7:21-23).

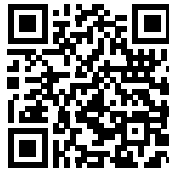
Multitudes buscan una experiencia con Dios, queriendo que él se les manifieste personalmente. Buscan ver o sentir a Jesús de alguna forma. Quieren que realice milagros, que haga maravillas y revelaciones. El pueblo de Dios debe saber separar las cosas. La experiencia es importante, pero encima de ella debe estar la Palabra de Dios.

La fe no puede estar basada solo en la experiencia, en lo que vemos, oímos y tocamos. Tomás negaba que Jesús había resucitado y solo creería si lo veía y tocaba. Entonces, Cristo apareció y le dijo: “Por qué me has visto, Tomás, creíste; bienaventurados los que no vieron, y creyeron” (Juan 20:29). La experiencia es importante, pero necesita estar afirmada y confirmada en la Palabra de Dios. La Palabra de Dios está por encima de la experiencia. “Si no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco se persuadirán, aunque alguno se levante de los muertos” (Luc. 16:31).

Después de haberse revelado en las Escrituras, Cristo se reveló en la experiencia. Al invitar a Jesús para cenar con ellos, reconocieron a Jesús por la manera como agradeció por los alimentos. Posiblemente hayan visto las señales en las manos. Cristo eligió revelarse a ellos para profundizar su fe. Cristo se preocupa por nuestra necesidad de conocerlo por medio de la experiencia, por eso se revela a nosotros. Sin ninguna duda, el conocimiento de Cristo en las Escrituras nos lleva a una experiencia más profunda con él. “¿No ardía nuestro corazón en nosotros, mientras nos hablaba en el camino, y cuando nos abría las Escrituras?” (Luc. 24:32).

Llamado

Vimos que Jesús no está aquí visiblemente, que no podemos verlo con nuestros ojos carnales. Pero podemos contemplarlo con los ojos de la fe. Esta noche, el llamado de Dios es que usted continúe conociendo a Jesús por medio de la Palabra de Dios y tenga una experiencia viva con él. Tome la decisión de estudiar la Biblia para encontrar en ella el rostro de Cristo.



Para más materiales y video del día, visite el enlace:

adv.st/semanasanta-estudiodiario

8° día | Sábado



VICTORIA PARA SIEMPRE

Texto: Apocalipsis 22:12

Introducción

Ted Williams fue una leyenda del béisbol. Es considerado el mayor bateador de la historia de ese deporte, y se lo coloca al lado de los mayores atletas de todos los tiempos, en la galería de la fama. Williams falleció en el año 2002, a los 83 años. Dos de los tres hijos del jugador gastaron en esa época 100 mil dólares para enviar el cuerpo a un laboratorio en el estado de Arizona, a fin de que pasara por un proceso de criogenia, o sea, de enfriamiento a temperaturas extremas. La hija mayor fue a la justicia en contra de la decisión de los dos mediohermanos menores, insistiendo que el último deseo del padre era ser cremado y que sus cenizas fueran esparcidas en el mar.

Bajo duras críticas, Claudia Williams, la hija menor, alegó en su libro Ted Williams, My Father que “nuestro padre sabía que queríamos algo a qué aferrarnos y tener esperanza y consuelo, porque sentíamos mucho su ausencia, y si la criogenia era la respuesta, la solución era sencilla”. La criogenia es un enfriamiento a 120, 180 grados bajo cero, a fin de evitar el proceso de descomposición. Como dicen, sería “una ambulancia para el futuro”, cuando

supuestamente la medicina tendría condiciones de devolverles la vida a las personas. Para Claudia, la hija menor que junto a su hermano luchó por el enfriamiento del cuerpo del padre, la criogenia era “como una religión, algo en que podríamos tener fe”.

Buscamos soluciones para nuestros dramas humanos. Jesús venció, pero nosotros todavía morimos. Jesús venció, pero todavía sufrimos enfermedades incurables. Jesús venció, pero todavía tenemos que despedirnos de las personas que más amamos. La obra de Cristo en nuestro favor tiene que avanzar. Necesitamos que él termine lo que comenzó. La buena noticia es que ese tiempo está más cerca que nunca.

También necesitamos consuelo ahora, mientras Jesús no viene. Ese doble consuelo, de Jesús con nosotros ahora y de Jesús cuando ponga fin a todo el mal en un futuro cercano, es fundamental para nuestra paz en el presente. Ese es nuestro tema de hoy.

I. Cristo realiza una obra en el Cielo por nuestra salvación

Jesús tiene un trabajo muy definido en el Cielo. Su obra es por nuestra salvación. Él realiza un trabajo de mediación entre Dios y los seres humanos. Es como si Cristo fuera un puente entre el Cielo y la Tierra. “Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre” (1 Tim. 2:5).

Él prometió un Ayudador [del griego *Parakletos*] para estar con nosotros, el Espíritu Santo (Juan 14:16). Pero también es nuestro Ayudador [*Parakletos*], junto al Padre “Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis; y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo” (1 Juan 2:1).

En este mundo de tristezas, de injusticias, de infelicidad y hasta de violencia en muchos hogares, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo nos ayudan con compasión y amor. Las lágrimas silenciosas que

solo la almohada conoce, Dios también las ve y nos ayuda a superarlas. Cuando nos vemos prisioneros por las cadenas del pecado, el Espíritu Santo nos recuerda que Jesús vino para destruir todas las prisiones del mal. Juan estaba llorando cuando le dijeron: “No llores. He aquí que el León de la tribu de Judá, la raíz de David ha vencido” (Apoc. 5:5). Jesucristo es el único y verdadero Héroe.

La Biblia también dice que Jesús intercede por nosotros como nuestro Sumo Sacerdote. En los primeros libros de la Biblia, Dios dio instrucciones bien detalladas sobre la realización de los sacrificios de animales. Como ya vimos esta semana, todos los sacrificios señalaban el sacrificio definitivo de Cristo, que es “el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo” (Juan 1:29). Pero, esos sacrificios eran ofrecidos por los sacerdotes y por el sumo sacerdote. Los sacerdotes también recibían la ayuda de sus hermanos, los levitas.

Se realizaban diversos sacrificios. Siempre había un sacrificio en el altar del holocausto (Éxo. 29:35-41), para simbolizar que los pecados del pueblo debían estar ininterrumpidamente cubiertos por la intercesión. Era un servicio sagrado, que debía tratarse con todo cuidado, porque era una forma de proteger al pueblo delante de Dios. Los sacerdotes Nadab y Abiú, hijos del primer sumo sacerdote, estaban embriagados cuando presentaron fuego extraño en el Santuario, y Dios envió fuego y murieron ante la presencia de Dios (Lev. 10:1-3). Dios es santo y fuego consumidor para el pecado (Deut. 9:3).

Los sacerdotes debían presentar la sangre de los animales sacrificados delante de Dios para hacer expiación por los pecados del pueblo (Núm. 15:28). Ellos ministraban en el patio, donde quemaban las ofrendas, y en el interior del Santuario, donde rociaban la sangre. Dentro de Santuario había dos compartimentos: los lugares Santo y Santísimo, que estaban separados por un velo. Solo el sumo sacerdote podía entrar en el Lugar Santísimo una vez por año, para purificar el Santuario (Lev. 16).

Cuando Cristo exclamó en la cruz “Consumado es” y murió (Juan 19:30), el velo del templo se rasgó de arriba hacia abajo, indicando que ese sistema de sacrificios había encontrado su cumplimiento en Jesús. La sangre de animales ya no sería necesaria, porque Cristo derramó su sangre en la cruz. Allí él nos sustituyó una vez por todas.

Pero, lo más interesante es que no solo el sacrificio de animales fue sustituido por Cristo como ofrenda por el pecado (Juan 1:29). También el trabajo de los sacerdotes fue sustituido por el sacerdocio de Cristo. Y el Santuario terrenal fue sustituido por el Santuario celestial. Jesucristo es tanto la ofrenda como el Sacerdote. Él intercede por nosotros en el Cielo, como nuestro Ayudador y es nuestro Abogado, presentando su sangre.

Esa es una de las verdades más descuidadas y al mismo tiempo más importantes de la Biblia. Y por desconocerla, las personas, incluyendo millones de cristianos, se sienten tan desamparadas. En nuestra sociedad individualista, no conocen la increíble obra que Jesús está realizando por ellas. Aisladas, intentan curar las maldiciones del pecado con las huecas promesas humanas.

Jesús es nuestro Sumo Sacerdote en el Santuario celestial: “Ahora bien, el punto principal de lo que venimos diciendo es que tenemos tal sumo sacerdote, el cual se sentó a la diestra del trono de la Majestad en los cielos, ministro del santuario, y de aquel verdadero tabernáculo que levantó el Señor, y no hombre” (Heb. 8:1, 2). Todo lo que vino antes, sacerdotes, corderos y Santuario terrenal, eran solo “figura y sombra de las cosas celestiales” (v. 5). “El Santuario que está en el cielo es el mismo centro de la obra de Cristo en favor del hombre” (*Cristo en su santuario*, p 46). “Nuestro Redentor es el centro de toda nuestra fe y esperanza” (*El evangelismo*, 130)

Por la fe, tenemos la seguridad de que Cristo intercede por nosotros, que él nos representa delante del Padre y que todos nuestros

pecados están cubiertos por su obra vicaria. Por la fe entendemos que él volverá muy pronto. Y ese conjunto de esperanzas nos consuela y anima a vivir.

Sin embargo, las profecías indican que ese tiempo de intercesión de Jesús está terminando. La profecía de las 2.300 tardes y mañanas, o 2.300 años, de Daniel 8:14 (pídale a que alguien le explique ese tema) señala que no falta mucho tiempo para que Jesús regrese. Las profecías de Daniel 2, 7 y 11 dan más detalles. Y el libro de Apocalipsis, con sus períodos proféticos, los evangelios y las cartas de Pablo con sus instrucciones, nos ayudan a entender que estamos viviendo en el fin del tiempo del fin. Estamos más cerca que nunca del reino de Cristo.

II. Las señales indican el fin y lo que sucederá

Pocos días antes de la cruz, los discípulos se acercaron a Jesús y le preguntaron: “Dinos, ¿cuándo serán estas cosas, y qué señal habrá de tu venida, y del fin del siglo?” (Mat. 24:3). Entonces Jesús dio una lista de señales: surgirán falsos cristos, y falsos profetas; habrá guerras y rumores de guerras, persecuciones religiosas, traiciones y el amor se enfriará, y finalmente, la predicación del evangelio llegará a todo el mundo, a todas las naciones (v. 3-14). Habla de una gran tribulación, ya anunciada por el profeta Daniel (v. 15), que estaba en el futuro en su tiempo, pero que de nuestro punto de vista histórico ya sucedió. Restan solo los eventos finales.

Cristo vendrá en las nubes. Pero ¿para qué vendrá? Para buscar a los hijos de Dios por toda la Tierra. “Entonces aparecerá la señal del Hijo del Hombre en el cielo; y entonces lamentarán todas las tribus de la tierra, y verán al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria. Y enviará a sus ángeles con gran voz de trompeta, y juntarán a sus escogidos, de los cuatro vientos, desde un extremo del cielo hasta el otro” (Mat. 24:30, 31).

Poco antes de dar su vida en la cruz, él había prometido que volverá a buscarnos: “Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis” (Juan 14:3).

Vendrá a buscar no solo a los vivos, sino a los que murieron creyendo en él para salvación. Cuando Jesús venga en las nubes del cielo y las trompetas de los ángeles suenen, “Los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor” (1 Tes. 4:16, 17).

Teniendo esa dulce esperanza en el corazón, el apóstol Pablo concluye: “Alentaos los unos a los otros con estas palabras” (v. 18).

El día y la hora nadie lo sabe. Entendemos “los tiempos y las épocas”, pero Jesús vendrá repentinamente, como un ladrón, porque el ladrón no avisa la hora (1 Tes. 5:1, 2). Todavía no vino porque es paciente para con nosotros (2 Ped.3:9). “Pero el día del Señor vendrá como ladrón en la noche; en el cual los cielos pasarán con grande estruendo, y los elementos ardiendo serán deshechos, y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas” (v. 10).

Cristo viene para poner fin a la historia de pecado e inaugurar una nueva realidad en su reino eterno de justicia, salud, paz y armonía con Dios, entre los pueblos y en todo el universo. Con palabras tiernas, el libro de Apocalipsis dice que él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios. Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor ni dolor; porque las primeras cosas pasaron” (Apoc. 21:4).

En medio de las dificultades del presente, él está con nosotros (Mat. 28:20). En las crisis mundiales, que se intensifican cada día, Él está con nosotros. En medio de las falsedades y traiciones de los

seres humanos, él está con nosotros. Cuando nos reunimos dos o tres en su nombre, él está con nosotros. Cuando él venga a buscarnos, estará para siempre con nosotros. Dios también estará con nosotros para consolarnos y enjugar para siempre nuestras lágrimas. Toda amargura, tristeza y trauma habrán quedado en el pasado. Nos reencontraremos con nuestros queridos.

Viviremos en un lugar perfecto, con alimentos maravillosos, aire puro, clima agradable. Cristo nos recibirá con un banquete sin igual (Apoc. 19:9). Lo adoraremos junto a los ángeles. Tendremos cuerpos perfectos, sin limitaciones o deformidad. Trabajaremos con la más plena satisfacción en los proyectos más increíbles y realizaremos los mayores sueños. Viajaremos por las nubes y por los océanos. Conoceremos a seres que nunca pecaron.

Nunca más tendremos enfermedades, no envejeceremos. Un día notaremos que vivimos 1.200 años. Más adelante veremos que pasaron 14 mil años. Un poco más notaremos que ya vivimos 900 mil años, y después, dos millones de años, 70 millones de años, un millón, dos, tres millones. A ese punto, las luchas de esta vida, las cosas que nos hicieron llorar se verán tan lejanas y pequeñas, serán tan insignificantes que diremos con lágrimas de gratitud: “Gracias, Señor, por haber hecho todo por mí. Gracias por haberme salvado, por haber perdonado mis pecados, porque Cristo pensó en mí cuando estaba en aquella cruz. Gracias porque venció la muerte y me dio el derecho a una vida nueva. Gracias, Señor, gracias”.

Entonces, sin que lo notemos, una mano tocará nuestro hombro. Esa mano tendrá una cicatriz suave, la única imperfección en el mundo redimido. Es la mano de Cristo, con la marca de la cruz. Y él dirá: “Fue por ti, hijo mío, por ti, mi hija querida”. Hice todo eso por ti. Para mí nada fue más importante que tenerte de vuelta. En medio de las calles de oro, caminando por el movimiento de la capital del Universo, nos preguntaremos “¿Esto es real?” Y nos

daremos cuenta de que no es un sueño y que el mayor sueño se hizo realidad. Finalmente tendremos la felicidad que jamás tendrá fin.

Todavía sufriremos en este mundo, pero tenemos a Jesús. Jesús venció por nosotros y nos da fuerzas cada día para vencer. Nada nos puede separar de él, y por su fuerza, por su gracia y misericordia, podremos vencer cada día. Si caemos, nos levantaremos con su mano poderosa. Y muy pronto abriremos nuestros brazos, con exclamaciones de victoria, al ver a nuestro amado Salvador regresando en gloria como Rey de reyes y Señor de señores (Apoc. 19:16). ¡Alabado sea el Señor!

Llamado

Frente a las promesas tan increíbles de una esperanza tan preciosa, ¿qué respuesta dará a quien dio su vida por usted? Él está intercediendo por usted en el Cielo ahora. ¿Continuará ignorando el llamado de Jesús? ¿Cambiará las promesas eternas de Dios por las cosas pasajeras de este mundo? Cristo lo está llamando, llama a su corazón. Estudie la Biblia, ore, camine con Dios, aprenda más sobre las profecías y deje que Dios transforme su vida. Él está aquí con usted. Él lo abraza con amor. Permita que Cristo sea el Señor y Salvador de su vida hasta que él vuelva y lo haga vencedor para siempre.

Notas

A series of 25 horizontal dotted lines for writing notes.